

21

El Cuento Semanal



CONFESIÓN

NOVELA POR FRANCISCO F. VILLEGAS (ZEDA)

ILUSTRACIONES DE PEDRERO

30 Cents.

№ 36

El Cuento Semanal

Se publica los viernes

Oficinas: Fuencarral 90 }
Teléfono 2054 } Madrid
Apartado de Correos núm. 409 }

AÑO I - 6 Septiembre 1907 - N.º 36

Precios de suscripción:

Madrid y provincias: Trimestre 3,25 pesetas.
Semestre 6 pesetas. Año II.

Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año 18.
Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos

Libros y Revistas

Rimas del trópico, por Alfredo Gámez Jaime. — Imprenta de Archivos. Madrid.

Es un libro sano; libro caliente, lleno de emotividad y de color. Al frente del volumen figura un gallardo prólogo de Salvador Rueda, del cual entresacamos los párrafos siguientes:

«Acaba de llegar á nosotros la voz de un poeta americano, cuyos versos transmiten al espíritu la emoción firme y reconfortadora de la vida. Me refiero á Alfredo Gámez Jaime, que, acaso por venir de la República americana donde el idioma español se conserva más puro (Colombia), trae en sus poesías la fórmula largo tiempo esperada (é iniciada ya espléndidamente por algunos) de la fusión, bajo un troquel propio, de los elementos ambulantes que se observan en la lírica general de aquellos países.» «Canta lo mismo lo externo que lo interno, el sentimiento que la plástica, la armadura carnal del hombre que su alma. Es amplio de visión; abarcador ambicioso de horizontes emocionales; inopinado, al volar de unos asuntos á otros; perseguidor de la imagen, que muchas veces le brota repentina como una lumbrada.»

Marruecos. Política é intereses de España en este Imperio, por Eduardo Caballero de Puga. — Imprenta de E. Arias. Madrid.

Obra ilustrada, muy bien documentada y de gran actualidad.

Azul. — Ha empezado á publicarse en Zaragoza, bajo la dirección de Eduardo de Ory, esta notable revista, entre cuyos colaboradores figuran los literatos españoles y americanos más eminentes.

El Nuevo Mercurio. — El núm. 8.º de esta importante revista publica una sección titulada «Conoce usted España?», en la que colaboran Paul Adam, René Bazin, Jules Claretie, Morel Fatio y otros prestigiosos escritores.

Además publica artículos de Miguel de Unamuno, Rubén Darío, Pérez Triana, E. Lora y P. Aumechian.

Páginas Libres. — El núm. 7 de esta revista publica el siguiente sumario:

«El nuevo renacimiento», por Claudio Reina; «Consejos útiles», por Clemencia Jaquinet; «Los siete enigmas del Universo», por Fernando Tarrida del Mármol; «Primeras civilizaciones: La India», por Ramón Baños Martínez; «Anarquía é individualismo», por Teresa Claramunt; «Sumisión y rebelión», por M. Meléndez Muñoz; Papel recibido; Folletín: «El mundo y el hombre», por Ralph Waldo Emerson.»

Burla Burlando. — Tal es el título de un semanario festivo ilustrado que ha comenzado á publicarse en Granada.

El periódico en cuestión abunda en notas de buen humor y está todo él escrito con ingenio y *esprit*.

Deseamos toda clase de prosperidades al simpático colega.

Hojas Selectas. — Se ha publicado el núm. 69 de la revista mensual *Hojas Selectas*, correspondiente á Septiembre, en cuyas páginas, pulcramente ilustradas, se consagra la atención debida á los asuntos de culminante actualidad.

Publica además las acostumbradas secciones de «Moda parisiense», nota cómica, nota política y pasatiempos.

Yeclanerías. — Colección de poesías de Maximiliano G. Soriano. — Tipografía Moderna. Elda.

Por el Arte. — Publica esta revista, cuyo número correspondiente á Agosto hemos recibido, interesantes artículos que firman F. Montagud, J. M. Alcoreno, Manuel Abril, J. Huidobro, J. Villaseñor; profusión de grabados, noticias, etcétera, etc.

Consultorio Grafológico GRACHTNER

(Véase el núm. 3.º de nuestra Revista.)

Respuestas

J. R. B., Zaragoza. — Sensibilidad excesiva; impresionabilidad; carácter amable; gran deseo de ganar dinero; actividad; espíritu de organización; inteligencia cultivada; mucha prudencia en los negocios y disposiciones para el comercio; combatividad; vivacidad; naturaleza poco enérgica; temperamento bien equilibrado.

Un neurasténico verde. — Espíritu muy independiente; gran amabilidad; inteligencia muy clara; buen grado de cultura; gran propensión á la melancolía y al desaliento; carácter sensible, á la vez que muy rencoroso; voluntad dominadora; gran sinceridad; temperamento nervioso-sanguíneo; desconfianza.

Mefistófeles. — Naturaleza bastante interesada; gran actividad física; bastante vanidad; sensibilidad muy despierta; espíritu vivo; gran nerviosidad; afición á discutir; bastante tenacidad en la resistencia; expansión con los extraños; conciencia generosa y bien equilibrada; inclinación á lo misterioso; puede usted cultivar las ciencias ocultas, de las cuales me dice poseer algunos conocimientos, porque tiene usted disposiciones muy marcadas para ellas; fíjese en el signo tan raro que en su grafismo adorna la d minúscula, y tendrá usted el secreto del signo de la curiosidad de lo oculto.

Jacasse. — Amor al dinero; deseo de proteger; gran intuición; generosidad bien entendida; equilibrio en las facultades; formulismo; voluntad pacienzuda con accesos de terquedad; expansión prudente y sólo con los extraños; poca vivacidad.

M. Heschvan, Barcelona. — Sensibilidad desequilibrada; espíritu muy fino; gran inteligencia; vivacidad; voluntad que se gasta á troche y moche y que hace falta en los momentos decisivos de la vida; temperamento débil; inmaterialidad; actividad física; carácter incomprensible (*insaisissable*); ninguna expansión.

Gazeful. — Espíritu acaparador; gran facilidad de asimilación; inteligencia muy clara: es usted de estas naturalezas privilegiadas que poseen comprensión tan viva, que vislumbra todas las cuestiones; pero cuidado, porque el defecto general de estas naturalezas es contar demasiado con su maravillosa facilidad, lo que puede dar por resultado un espíritu muy brillante, pero algo superficial; carácter amable; salud bien equilibrada; mucha lógica; voluntad dominadora; actividad; buen gusto artístico; vanidad; naturaleza ávida de honores y alabanzas; creo que podría usted cultivar las letras con éxito.

Carmen la lista. — Sensibilidad moderada; la cabeza domina el corazón; deseo de perfeccionarse; ninguna expansión; voluntad tenaz, á veces terca y tiránica; buenas disposiciones para la economía; conciencia bien equilibrada; inclinación á la tristeza; bastante afición á los quehaceres domésticos; temperamento sanguíneo-nervioso; deseo de agradar y de seducir.

CHAMPAGNE BINET
REIMS
SUPERIOR Á TODOS LOS DE IGUAL PRECIO

FRANCISCO F. VILLEGAS

(ZEDA)

CONFESIÓN

I

NECESITADO estoy de aliviar las penas en que mi corazón rebosa, depositando en un pecho amigo la narración de ellas. Todos los periódicos han traído y llevado mi nombre, y referido y comentado, por supuesto, falseándolos, los hechos que componen el doloroso drama en que me he visto envuelto. Imposible es, por consiguiente, que no haya llegado hasta ti la noticia de mis desventuras. Para que tú,

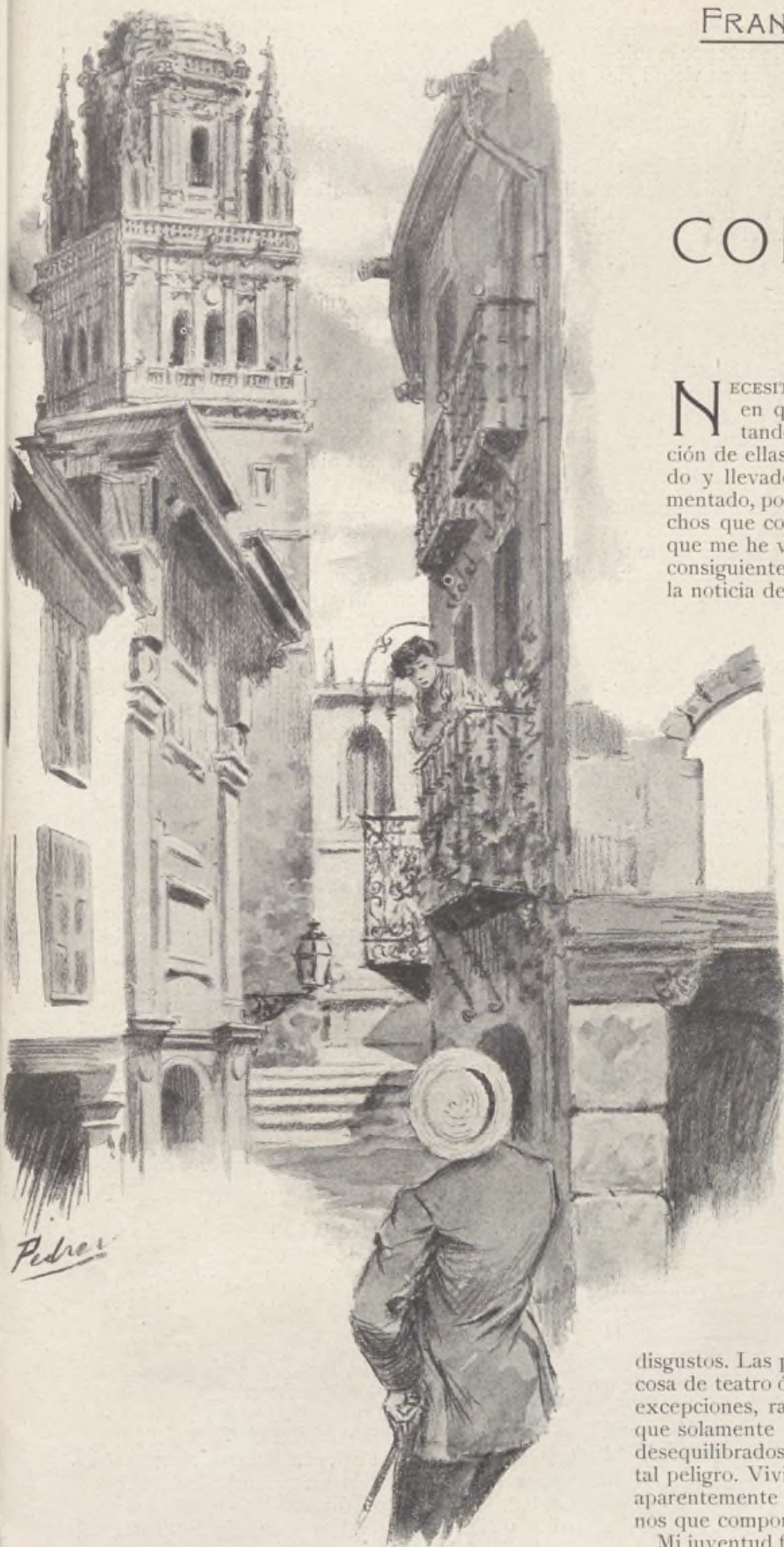
tan recto como clarividente, seas mi juez ó para que, si no quieres serlo, me compadezcas, ó en todo caso, con el fin de desahogar, por medio de algo así como una confesión general, mi atribulada conciencia, te escribo estos renglones, en los cuales he de ser tan sincero como el creyente convencido lo es á los pies de su confesor.

En la casa que poseo lejos de mi patria, en esta riscosa soledad, en donde he de permanecer el resto de mis días, podré trazar punto por punto, serena é imparcialmente, la historia de mi vida. Soy como un naufrago que, resuelto á no embarcarse jamás, cuenta, desde su roca solitaria, los incidentes de su desastrada navegación al través de los mares tempestuosos.

* * *

Hasta poco ha la vida era para mí una llanura monótona: ni altos ni bajos, ni grandes alegrías ni grandes disgustos. Las pasiones violentas me parecían cosa de teatro ó de novela, ó cuando más, raras excepciones, raptos de una especie de locura que solamente debía de atacar á los espíritus desequilibrados. Yo me consideraba libre de tal peligro. Vivía, ó vegetaba más bien, como aparentemente vegetan todos los seres anodinos que componen el rebaño humano.

Mi juventud fué como la de la mayor parte de



Pedra

los jóvenes burgueses: seguí á trancas y barrancas una carrera universitaria, acabada más por la tolerancia dañina de los profesores que en virtud de mis propios esfuerzos; adquirí, en vez de ideas, unas cuantas frases que sonaban á ciencia, pero que estaban huecas, y con las cuales, sin embargo, logré conquistar una posición. A los veinticinco años, muertos mis padres, me encontré dueño de un capital, cuya renta, unida á mi sueldo, me daba ocupar en sociedad un puesto envidiable. ¿Quién me tosía á mí con mis cuatro mil reales de *ingreso* al mes, mis veinticinco años, mi figura no despreciable y mi salud á prueba de excesos que, á decir verdad, rara vez cometía? Porque yo era como suelen ser los jóvenes de la moderna clase media: serio, ordenado y económico. Ya habrás reparado en que el ideal de la juventud contemporánea es el ser práctica, y yo realizaba ese ideal. Mis vicios, que también los tenía, estaban sujetos, por decirlo así, á una rigurosa disciplina. Cuando podía satisfacerlos gratis no desaprovechaba la ocasión; cuando tenía que pagarlos, buscaba siempre lo barato. Podría decir al céntimo lo que me han costado las alegrías de mi juventud. Todo, absolutamente todo, lo conservo apuntado, con la exactitud con que anota el comerciante las operaciones de su casa.

* * *

Cierto que el medio no crea nuestro carácter pero ¡cuánto no lo modifica y aun deforma! La ciudad donde nací, y en la cual he pasado mi juventud, es una de esas de Castilla en las que sólo vive lo que está muerto: sus viejos monumentos, reliquias melancólicas de una sociedad desaparecida. A la sombra de sus vetustos paredones, duermen más que viven, unos cuantos centenares de familias hurañas, apegadas á legendarias rutinas, aisladas unas de otras, conservadoras de los defectos y vicios del pasado, sin ninguna de sus virtudes y enemigas de todo progreso espiritual; allí el fanatismo sin fe, la codicia sin grandeza, el deseo sin pasión, el odio sin valentía; la vida ha quedado estancada y se ha corrompido.

En tal mundo, la hipocresía se convierte en una segunda naturaleza: la más leve falta, si se hace pública, es motivo de escándalo; las más naturales expansiones de la juventud, actos de cinismo; calificase de ridículo el entusiasmo; el amor debe ser mesurado y andar oculto; la intimidad y aun el simple trato entre personas de distinto sexo, es cosa prohibida. Bajo estas apariencias austeras el diablo anda suelto, pero siempre invisible. Poco importa que no seas casto con tal de que seas cauto.

* * *

Un hombre serio, y yo lo era á los veinticinco años, no está bien soltero; el matrimonio da respetabilidad y suele servir á una persona práctica para doblar de un solo golpe su caudal. En todos los negocios se arriesga el dinero por la hipótesis, más ó menos probable, de obtener una ganancia; en el negocio del matrimonio, no; se juega sobre seguro. Para la mayor parte de los jóvenes como yo era entonces, la *crus* del matrimonio es la *crus* del signo de la suma.

Eso fué mi boda: una operación aritmética.

* * *

María de los Angeles, Angelita, como su papá la llamaba, es hija de un acaudalado señor, hombre respetable, mangoneador de la política provincial y diestro en manejar los asuntos públicos, sin olvidar los privados. Además de respetable es práctico, cualidades que caminan casi siempre en íntimo consorcio. No hay cuidado de que se deje llevar de ridículos romanticismos — son sus palabras —, y para él es romanticismo puro todo acto que no nos acarrea alguna utilidad. Hizo contratos con el Estado, administró fondos ajenos, prestó dinero á réditos y se hizo rico; se casó, fué padre de una hija y se quedó viudo.

Angeles es en lo físico un tipo insignificante; una rubia linfática, ojos apagados, carnes flácidas y manos lindas. Tales manos son una agravante de la pereza de Angelita; su esmero en cuidarlas le impide hasta pegar un botón; son un adorno de su persona, no instrumentos de trabajo.

Yo la conocía desde niño, cosa que nada tiene de particular, porque á Angeles, desde que salió del colegio, se la veía en todas partes: en el paseo, en la iglesia, en el teatro, en el balcón. Antes de nuestras relaciones tuvo los novios á docenas, como que era uno de los mejores partidos de la provincia. Pero los noviazgos duraban poco. En cuanto el padre se enteraba de que el pretendiente era un pélagatos, le decía á su pimpollo: «Angelita, no sigas tonteando con ese muchacho... no tiene sobre qué caerse muerto: esas relaciones no son prácticas»; y Angeles, incapaz de sentir el amor y penetrada también inconscientemente del positivismo paterno, plantaba con la mayor frescura al novio inservible, que en seguida era sustituido por otro, el cual, á los pocos días, sufría la misma suerte... Y así sucesivamente.

* * *

El último de la serie fui yo. Desde mucho tiempo antes había puesto los ojos en ella...; no los ojos del amor, ni siquiera los del deseo, sino los del interés. Procuré enterarme, temeroso de un posible desengaño, de la cantidad á que ascendía la hijuela de mi futura, y me convencí de que era abundante y saneada. Tal maña hube de darme en husmear los bienes de Angeles, que, sin vanidad lo digo, antes de comenzar mis operaciones diplomáticas cerca de ella, habría podido hacer con toda exactitud y minuciosidad el inventario de su caudal.

De este modo documentado, empecé mi campaña; adulé al padre, le pedí consejo — que no necesitaba — para emprender no sé qué negocio; cortejé á la hija, ensalcé la belleza de sus manos, y cuando me penetré de que el padre me trataba con visible deferencia y de que la chica no me miraba con sobrecejo, expuse á Angelita mi atrevido pensamiento.

La primera conversación que sobre asunto tan delicado tuve con ella, me comprobó lo que ya sospechaba yo, esto es, que Angeles era «un pedazo de carne con ojos». Tan flácida como su cuerpo blanducho era su alma; ninguna pasión, ni buena ni mala, podía agitarla. Era una masa mantecosa modelada por la vulgaridad. «Yo... si es verdad lo que usted dice... Hable usted á mi papá, y si él quiere... ¡Qué cosas tiene usted!... Todos los hombres dicen lo mismo...»



El padre, que desde mis primeros escauceos estaba como quien dice al cabo de la calle, y que tuvo buen cuidado de hacer inquisiciones análogas á las mías, sobre mi estado *financiero*, me recibió en palmitas. En un verbo quedó concertado el enlace. «Si mi hija lleva para cenar, pensaba, éste lleva para comer.» Y yo me repetía: «Si yo llevo para comer, ella lleva para cenar. . .» No podía haber, por lo tanto, más perfecto acuerdo entre los contrayentes. La boda quedó concertada para unas cuantas semanas después de nuestra conferencia.

* * *

Y llegó el día de la boda. Vestida ella de blanco, con el velo y el ramo de azahar consabidos; yo de negro, circunspecto y grave, como el caso requería; estirados y solemnes nuestros padrinos, elegidos entre lo más granado de la ciudad, y amigas y amigos hechos un brazo de mar, nos dirigimos, todos en coche, á la iglesia, dando envidia á la burguesía provinciana, que se asomaba á los balcones á vernos pasar y asombrando al pueblo soberano, que se agolpaba á las puertas del templo.

* * *

Pocas eran las ilusiones que me había forjado yo acerca del carácter y atractivos personales de mi esposa; tampoco, ya lo he dicho, pasó por mi corazón, respecto de ella, nada que se pareciese

al amor verdadero. Esto es la verdad pura; pero no lo es menos que jamás creí que pudiera existir una mujer tan insensible y apática como ella. Su temperamento era como mecha mojada, que ninguna llama podía encender. Si á veces en mí el deseo tomaba apariencias de amor, encontrábame con una pasividad indiferente que ni siquiera me rechazaba. Cuando esperaba de ella un suspiro, me contestaba con un bostezo; cuando daba yo á mis palabras el calor de la pasión, solía ella interrumpirlas para hablarme de los descuidos de la cocinera. En un principio aquella indiferencia irritaba mi amor propio. Después llegué á percatarme de que mi mujer era un sér refractario al amor. ¿Quién sabe si muchas castidades no son como la castidad de mi esposa: la virtud de callar que tiene el mudo!

* * *

A todo llega uno á hacerse, y yo también hube, al cabo de algún tiempo, de acostumbrarme á la compañía de Angeles. Hasta he de declarar que me molestaba poco. No encontré en ella, es cierto, esa comunidad de ideas y de gustos que, cuando se amasan con el amor, son la gloria en la tie-

rra, y si aquél falta, lo suplen; pero en cambio, por lo mismo que la penetración de mi mujer era escasa, me veía libre de suspicacias y sospechas, para las cuales no faltaba algunas veces motivo.

Mi conducta era correcta, como correspondía á mi cualidad de hombre serio, cualidad que iba acentuándose conforme los años pasaban. Con todo género de precauciones evitaba el escándalo; pero de cuando en cuando, como mejor podía, buscaba compensaciones á las frialdades de mi esposa. ¡Ruines compensaciones que, si encendían momentáneamente el deseo, causábanme después tedio y hasta algo así como menosprecio de mi mismo!

Y de este modo se pasaban los días y los años, y pasaron diez, y durante ellos mi vida fué la imagen del limbo, sin pena ni gloria. . . un camino sin cuestas ni hondonadas. . . la llanura inacabable del aburrimiento.

Conservaba, sin embargo, la vaga conciencia de que existían en mí fuerzas para vivir otra vida, fuerzas que, como tantas otras, se perdían sin empleo, anuladas por el medio en que la suerte me había colocado.

II

Las vacaciones del verano de 190... (sabido es que en el verano hay vacaciones para todos), no sólo me dejaron libre de trabajos apremiantes, sino que me emanciparon por algún tiempo de mi monótona vida conyugal. Mi mujer, para quien San Sebastián era el mejor de los mundos posibles, se extasiaba ante la idea de pasar en la capital donostiarra un par de meses. A mí la vida de San Sebastián, en compañía de mi esposa, me aburría soberanamente. El ir y venir á hora fija por el boulevard, el bañarme con ella todas las mañanas á la vista del público, las veladas y cotillones del Casino, el contacto con gentes que yo no conocía y que además me parecían cursis. . . todo era causa de que no me apeteciese el viaje veraniego á la concurrida ciudad vasca.

Por fortuna, un acontecimiento inesperado vino aquella vez á librarme de la obligada excursión de todos los años. Hacía poco tiempo que habíamos heredado de un lejano pariente unas tierras de escaso valor en Andalucía, y yo, así se lo dije á mi mujer, debía ir en persona á fin de sacar el mejor partido posible de la venta.

A Angeles le pareció de perlas mi idea. Ella se marcharía con su padre á remojarse en las aguas de la Concha, y yo, una vez despachado el asunto, iría á reunirme con ellos.

Como se pensó se hizo, y el mismo día en que mi mujer y mi suegro salían camino del Norte, yo me alejaba en dirección al Sur.

En cuanto el tren que me conducía hubo salvado el puerto de Despeñaperros, me pareció pasar de un mundo á otro completamente distinto de aquel de donde acababa de salir. Todo era diferente: la vegetación, los tipos, los vestidos, el lenguaje, el acento. A la aridez de las llanuras de la Mancha y á la austeridad de los paisajes castellanos, sucedíanse las rientes perspectivas andaluzas: extensas vegas regadas por ríos de sosegado curso, que ya se deslizaban por entre cenicientos olivares, ya por extensas praderas en que retozaban potros de arrogante estampa ó pastaban toros

de feroz aspecto. De cuando en cuando un pueblecillo de blancas casas diseminadas en torno de alegre torre, con sus huertos cercados por pitas y chumberas, sus ramilletes de palmas y sus setos de rosales.

En una estación, de cuyo nombre no me acuerdo, dejé el tren para tomar la diligencia que había de llevarme á Bellamar, el pueblecillo término de mi viaje. Amanecía. Entre las ramas de un árbol enorme plantado en medio de la plazuela en donde estaba el parador de la diligencia, piaba, saludando la venida de la aurora, un enjambre de pajarrillos.

Como media hora duraron los preparativos de la partida. Una desgredada moza, descalza de pie y pierna, ayudaba al zagal á poner maletas y baúles en la baca del coche, contestando muy complacida á los chicoleos del mozo. El mayoral, en tanto, iba sacando de la cuadra y enganchando al enorme vehículo, una antigua diligencia con berlina, interior y rotonda, hasta ocho caballos de largas crines, que al sacudir, como para desperezarse, las cabezas, hacían sonar los innumerables cascabeles de sus colleras. Tres viajeros soñolientos esperaban el momento de marchar, sentados en el banco de piedra que rodeaba el tronco del árbol.

Cuando estuvieron enganchados los caballos, el mayoral, un mocetón moreno, fornido y simpático, de ancho sombrero, pantalón ajustado y chaquetilla corta, gritó con acento andaluz muy cerrado:

— ¡Cabayeros, ar coche!

Y mientras los viajeros soñolientos se acomodaban en el interior de la diligencia, yo trepé al pescante, deseoso de disfrutar del fresco airecillo de la mañana y de recrear mis ojos con la contemplación del paisaje. Montó el zagal en uno de los caballos delanteros, chascó el mayoral la tralla, oyóse el «adiós», «adiós» de la moza, y el viejo armatoste, arrastrado por los ocho caballos y dando saltos sobre el empedrado, recorrió una larga calle y salió á la carretera, cuya cinta blanca, serpenteando entre campos y praderas, aparecía y desaparecía á causa de los altibajos del camino, hasta perderse en el horizonte.

* * *

Habíamos subido ya hasta la venta del *Ahorcao*, que no era otra cosa que unos cuantos paredones cuarteados entre montones de escombros. Un poco más allá había una cruz de piedra rodeada de cantos; cada canto representaba un *Padre nuestro* rezado por el alma del que allí perdió la vida. . .

Paró el coche en lo alto de la cuesta á fin de dar algunos minutos de descanso al ganado. Los mulos echaban un chorro de sudor por cada pelo.

— Mire usted — dijo el mayoral.

Allá lejos se extendía el mar, cuyas brumas apenas dejaban entrever junto al horizonte los contornos abruptos de un cabo. Del agua azul venía hasta nosotros una brisa fresca y olorosa que templaba el calor del sol. La diligencia comenzó á bajar rápidamente hacia la arenosa ribera. El paisaje, que por el lado de la cuesta que acabábamos de dejar atrás era árido y peñascoso, se había convertido de repente en hermosísimo panorama. En medio de valles frescos y apacibles, destacábanse

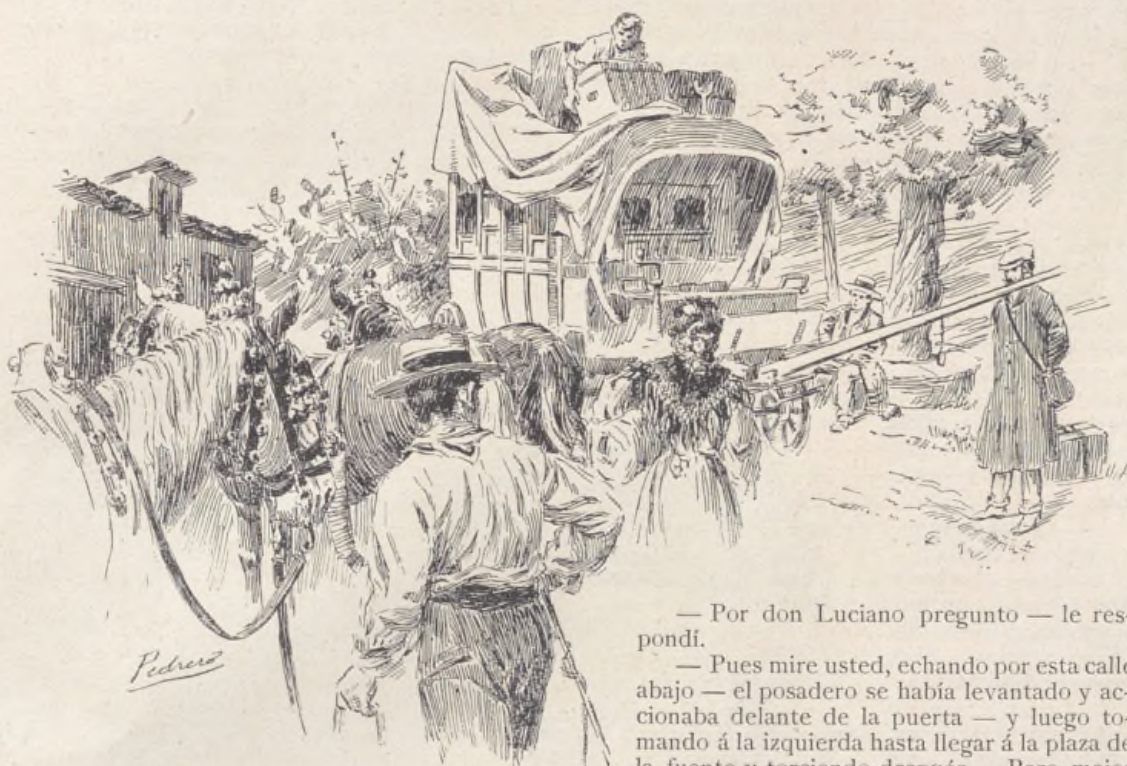
alegres caseríos de blancas azoteas, rodeados de palmeras y de plátanos. Numerosas acequias que se entrecruzaban, hacían pensar en un prolijo bordado de plata sobre verde terciopelo. Veíanse á uno y otro lado del camino extensos viñedos cuyos pámpanos y hojas, en vez de arrastrarse por tierra, merced á redes de alambre colocadas en alto por medio de cañas, formaban extensos túneles de temblorosas bóvedas. Las chumberas extendían por todas partes sus pinchosas palas, como grandes manos que pidiesen limosna á los bordes de la carretera, y limitaban las heredades ó formaban macizas manchas en los oteros lejanos. En los remansos del río, cuya línea tortuosa señalaban altos árboles, lavaban grupos de mozas que,

don Luciano Cárceles, que este era el nombre de la persona que deseaba comprar mis recién heredadas tierras.

En el ancho portalón, delante del cual *descansaba* llena de polvo la desenganchada diligencia, el fondista ó posadero, cómodamente repantigado, respiraba satisfecho la fresca brisa del mar.

— ¿Sabe usted — le pregunté — dónde vive el señor Cárceles?

— Cárceles hay dos, sin contar con la de los presos — contestó el posadero, no queriendo desaprovechar la ocasión de hacer un juego de palabras —. Usted ¿por quién pregunta, por don Juan Cárceles, el maestro de escuela, ó por don Luciano Cárceles, el amo ó poco menos de este pueblo?



— Por don Luciano pregunto — le respondí.

— Pues mire usted, echando por esta calle abajo — el posadero se había levantado y accionaba delante de la puerta — y luego tomando á la izquierda hasta llegar á la plaza de la fuente y torciendo después... Pero mejor será que le acompañe á usted Colás. ¡Colás, niño! — gritó.

Por una de las puertas interiores del zaguán salió el *niño*, un mocetón de treinta años cumplidos, que olía á cuadra.

— Ve con el señor á enseñarle la casa de don Luciano Cárceles.

— ¡Muchas gracias! — dije yo, y eché á andar detrás del *niño*.

El sol dejaba caer sus rayos de oro derretido sobre los moriscos edificios del pueblo, enjalbegados todos ellos; su blancura, herida por el sol, producía un resplandor que cegaba. Hacía un calor asfixiante; mas al pasar frente á las bocacalles que daban al mar, sentíase suave caricia de frescura. Subimos y bajamos varias cuestas, unas polvorientas de carretera y otras empedradas con puntigudos chinarrros. Al cabo de unos cuantos minutos de fatigosa marcha, llegamos á una plaza á la que daban alguna sombra grandes y copudos castaños. En el centro de frondoso jardín, uno de cuyos frentes dominaba la marina, alzábase un hotel

al sentir el cascabeleo de la diligencia, suspendían momentáneamente su labor para mirar el coche.

A medida que avanzábamos, el caserío era más nutrido y la vegetación más espesa. Hasta nosotros llegaba ya el rumor del oleaje que se deshacía en la arena dorada de la playa. Al doblar la diligencia un recodo del camino, apareció ante nuestros ojos, como á dos kilómetros de distancia, el pueblo de Bellamar, parecido á un rebaño de blancas ovejas custodiadas por un viejo rabadán, que tal parecía el torreón ruinoso de la antigua alcazaba, erguido sobre el cerro á cuya falda, mirando al mar, se escalonaba el pueblo en forma de anfiteatro.

III

Mediaba el día, cuando después de asearme y de variar de traje en la posada con honores de fonda en que acababa de dar con mis huesos, molidos de la larga caminata, me dispuse á visitar á

elegante y coquetón, por cuya verja de entrada se veía una escalinata protegida por elegante marquesina y flanqueada de grandes macetas.

— Esa es — me dijo Colás — la casa de don Luciano Cárceles.

La verja estaba abierta; entré, subí la escalinata, y empujando una puerta de cristales que ostentaban la cifra del dueño, me encontré en un espacioso recibimiento, fresco y sumido en apacible media luz. En la puerta que daba frente á la de entrada apareció una hermosa mujer vestida de claro y con flores en la cabeza.

— ¿Don Luciano Cárceles? — pregunté yo.

— ¡Ah!, ¿pregunta usted por mi tío? — dijo la joven con gracioso acento andaluz y con una voz un tanto opaca, pero insinuante y sugestiva —. Pase usted, pase usted. Voy á avisarle en seguida —. Y haciéndome entrar en un gabinete más bien agradable que lujoso, con mecedoras de las llamadas de Viena, cortinas de cretona clara y persianas verdes en las dos grandes ventanas, desapareció ligera y silenciosa.

— ¡Hermosa mujer! — pensé.

A los pocos momentos se presentó por la misma puerta por donde yo acababa de entrar un señor más que maduro, pero fuerte y bien plantado, de fisonomía franca y movable, vestido con un traje de dril de blancura impecable.

— ¿A quién tengo el gusto de hablar?

— Soy el dueño de las fincas que usted, según carta que recibí hace algunos días, quiere adquirir.

— ¡Ah! ¡Usted es!... Siéntese usted, siéntese usted... Me alegro tanto. De palabra se entiende la gente mejor que por carta...

— Eso he pensado yo también.

— Las cosas claras — dijo sin hacer caso de mi interrupción. — Ya se lo dije á usted por escrito. A mí me convienen esas tierras. Otro empezaría á hacer ascos. Yo no. A mí me gusta la franqueza; el pan, pan... Puesto que usted está resuelto á venderlas, he de decirle que nadie se las pagará mejor que yo. ¿Sabe usted por qué? Pues porque con ellas

redondeo mi finca del Almendral. Lo que yo ofrezco no será mucho, convengo en ello. La propiedad aquí en Andalucía ha bajado tanto, y se comprende...

— Si, es verdad — dije yo tratando de poner un dique á aquel torrente de palabras —. Si á usted le parece, podemos tratar...

— Tiempo hay de sobra. Además, por mil pesetas más ó menos no hemos de reñir. De todas maneras, si usted se empeña... yo doy quince mil pesetas... lo dicho; tres mil duros, y apuesto á que no hay en el pueblo quien le dé á usted dos mil. Sesenta mil reales; ya se lo he dicho á usted para redondear... Bueno. De modo, que si usted acepta, mañana vamos á casa del notario...

Hablé yo, volvió á hablar él, y después de una hora larga de repetir los mismos argumentos y frases, convinimos en que me daría 18.000 pesetas.

— Y ahora quiero presentarle á mi hija y á mi sobrina. Mi sobrina es la joven que ha visto usted á la entrada. ¿Guapa, eh?... Pues ahí donde usted la ve, está casada con un hombre que tiene mi



misma edad. Con don Alberto Fuertes. . . Quizás le haya usted oído nombrar. No es un viejo, pero ya la vejez le anda pisando los talones. Y se quieren, ¡vaya si se quieren! Es un Otelo. Es natural, cuando se tiene una mujer como Soledad, tan guapa y con tanto ángel. . . Viven en Almanzora, á diez leguas de aquí. El está bien; y eso que es aficionado á tirar de la oreja á Jorge. . . ¿Qué quiere usted? En algo se ha de pasar el tiempo. Ahora ha tenido que hacer un viaje. . . , cuestión de un mes; y por no dejar sola á mi sobrina, nos la mandó aquí. Ella y mi hija hacen muy buenas migas. . . Pero estoy hablando, hablando. Lola, Soledad. . .

Oyóse crujir de faldas y entraron en el gabinete las dos jóvenes. Lola, la hija del señor de Cárceles, era delgada, insignificante. Hablaba muy poco, como si el don de la palabra lo hubiese agotado don Luciano, no dejando nada para ella.

Soledad era morena, con esa palidez mate, propia de las mujeres levantinas y andaluzas; sedosas y larguísimas pestañas daban sombra á sus ojos africanos. Tenía recta la nariz, finas las cejas, rojos y grosezuelos los labios y los dientes parejos y bien formados, deslumbrantes de blancura. En su cabello negro y ondeado ostentaban sus hojas sangrientas dos claveles. Era alta, ligeramente gruesa, de amplias caderas y de pecho abultado, que temblaba al andar cadencioso de su dueño. No he conocido otra que mereciera con más justicia que ella el nombre de real moza. Su traje claro y vaporoso realzaba todos los encantos de su figura, y el descote dejaba descubierta la garganta hasta el límite que separa lo honesto de lo atrevido. Mientras el señor de Cárceles hacía las obligadas presentaciones, yo saciaba mis ojos en aquella hermosa imagen del deseo.

— Mañana — dijo el locuaz señor — nos pertenece usted. Al medio día, ¿eh? Comeremos á la antigua española. A mí lo español me gusta más que nada. Probará usted el vino de mi casa; le tengo de mi misma edad. . . Daremos luego una vuelta en coche: le enseñaré á usted el Almendral. Después tocará el piano Lola: es una profesora, aunque no está bien que yo lo diga, y oirá usted cantar á Soledad al estilo de la tierra. . . Tiene un estilo que. . . ¡Vamos, me río yo de las cantadoras de profesión!

Corté como pude la palabra á aquel hablador infatigable, y después de despedirme de las dos jóvenes y de desasirme de la mano del señor de Cárceles, que me fué hablando hasta la puerta de la verja, me alejé á buen paso camino de la posada, mientras el buen señor me gritaba:

— ¡Ya lo sabe usted! Mañana, al medio día.

* * *

No pude apartar del pensamiento la imagen de Soledad. El ideal de belleza que nos formamos de la mujer, esbózase confuso entre las nieblas de nuestra imaginación. Pasa el tiempo, á veces toda la vida, sin que la borrosa figura se concrete y determine en una mujer real. Otras nos gustan, pero á todas les falta algo; ninguna es la imaginada, la soñada, la nuestra. Cuando ella surge ante nosotros, parece que despierta nuestro sér, y allá, en las profundidades del alma, brota un grito semejante al *jeureka!* del sabio siracusano.

Esto me aconteció á mí con Soledad: ella en-

carnaba totalmente mi ideal. Su figura, su rostro, sus ojos soñadores, las inflexiones de su voz, se correspondían con la mujer creada por mis ilusiones y mis sueños. Sentía, sin embargo, con el gozo de haberla hablado, no sé qué especie de disgusto por haberla conocido. Su preseneia inquietante representaba para mí un deseo que me parecía imposible satisfacer. Bien ó mal, yo iba caminando por la vida sin pena ni gloria, como casi todos los humanos. Estaba acostumbrado á la mediocridad de mi existencia; ¿para qué venía aquel rayo de luz á hacerme entrever un paraíso cerrado para mí? Ni por un momento pude pensar que á aquella mujer le pudiera inspirar yo más que indiferencia. Casada ella, y por lo que había dicho don Luciano, enamorada de su marido; casado yo también, nuestro encuentro en la vida era la intersección de dos líneas que se cruzan en un punto para no volverse á encontrar jamás.

* * *

No obstante estos razonamientos, esperé con impaciencia la hora de ir á casa del señor de Cárceles. Me vestí con esmero, me acicalé con prolijo cuidado y me eché á la calle.

Un cuarto de hora antes del medio día, apretaba con mano temblorosa el botón eléctrico de la verja. Una doncella, muy repeinada y peripuesta de blanco delantal, abrió la puerta, y en lo alto de la escalinata apareció don Luciano, tan pulcro como el día anterior.

— Pase usted, pase usted. Las muchachas están ocupadas en su tocado. Ya sabe usted, las mujeres se pasan las horas muertas delante del espejo. . . Es natural, están en la edad. . .

Y cogiéndome del brazo, añadió:

— Venga usted, daremos una vuelta por el jardín.

Bajo las extensas alamedas «no era enojoso el estío.» El sol filtrábase con dificultad al través de las tupidas copas de los árboles, formando de trecho en trecho, sobre la arena de los paseos, como una complicada blonda de prolijas y tenues labores.

Entre el verdor de los arriates y macizos se entreveían blancuras de mármol. Daban, como dijo el poeta, *olor sobeio las flores bien olientes*, y se oía el murmullo misterioso de un surtidor.

— ¡Esto es un paraíso! — dije, realmente asombrado.

Sonrióse don Luciano con satisfacción, y dijo:

— Todo es obra mía. Hace veinte años, cuando nació Lola, compré el solar, un huerto en que no se criaban más que algunas docenas de hortalizas. A fuerza de cuidados he ido haciendo lo que usted ve: esos árboles los he plantado yo. He traído flores de Valencia, de Murcia, de Galicia. . . Desde que murió mi mujer este es mi mundo, aquí vivo hace veinte años, y aquí moriré.

En esto habíamos llegado á una plazuela, en cuyo centro se alzaba un gran cenador, fresco como una gruta. En el centro estaba servida la mesa. Sobre blanquísimo mantel brillaba la vajilla de porcelana, la cristalería y la plata.

Una doncella, la misma que me abrió la puerta, se acercó al señor Cárceles:

— Cuando el señor quiera.

— ¡Santa palabra! — exclamó don Luciano —.



¡Ea!, llama á las señoritas y di que las esperamos.

No tuvo necesidad de dar el recado la doncella. Por la escalera del hotel, que daba á la plazoleta, aparecieron Lola y Soledad, ambas con trajes claros y mangas flotantes, escotados los

cuellos y en ellos cintas de terciopelo negro. Ambas también lucían rojos claveles en el cabello.

— Hemos hecho esperar á ustedes — me dijo Soledad, al mismo tiempo que me daba la mano.

— Tuya ha sido la culpa, papá — dijo Lola.

— ¡Míal!

— Sí, de usted — replicó Soledad —. Lola ha tenido que hacer el dulce de fresa que á usted le gusta tanto. . . — Y dirigiéndose á mí, añadió —: Un bocado exquisito.

Ya estábamos sentados, y la doncella de antes y otra también de buen palmito, limpias como las venas del oro y vestidas con cierta coquetería, comenzaron á servir el almuerzo.

Por las muestras, el señor de Cárceles era un *gourmet* refinado. Los platos eran castizos, platos andaluces: aves, caza, pescados con salsas especiales. . . todo sazonado con exquisita delicadeza. De los vinos nada hay que decir; allí el Montilla oro, que en efecto oro líquido parecía; el Jerez, rey de toda especie de mosto; el vinillo de Niebla, la Manzanilla, el Málaga, daban á cada plato el acompañamiento que la estética del paladar exige.

A decir verdad, yo, más que á la inagotable elocuencia de don Luciano, atendía á Soledad, que cada vez me parecía más hermosa y atractiva.

— Brindemos por el ausente — dijo el señor de Cárceles levantando una copa. El ausente era, sin duda, el marido de Soledad.

— Y á propósito — siguió don Luciano —; puesto que somos amigos, porque yo le tengo á usted ya por un buen amigo mío, ¿será inoportuno preguntarle á usted por su familia? Aun no nos ha dicho usted si es soltero ó si está casado.

— Sí que lo estoy.

Y al decirlo miré á Soledad.

— ¿Tendrá usted hijos? . . .

— No; mi matrimonio, por esa parte, no ha

sido bendecido por Dios — contesté sonriendo.

— Estará usted ya deseando ver á su esposa — dijo Soledad.

— Mejor que nadie puede usted juzgarlo, puesto que también se halla ausente de su marido.

— Es verdad — saltó don Luciano —. Los dos están ustedes, como quien dice, viudos temporalmente. Los dos echarán de menos á sus mitades. Por eso nosotros debemos esforzarnos, ¿verdad, Lola?, en hacerles llevaras sus penas.

Soledad se sonreía; pero era evidente, á lo menos así me lo figuraba yo, que aquella conversación le hacía poca gracia.

Ya habíamos acabado de tomar el café, y Soledad propuso que oyésemos tocar á Lola. A don Luciano le pareció de perlas la idea. Nos trasladamos al salón, y allí, mientras su hija hacía prodigios de ejecución y Soledad daba vuelta á los papeles, el buen señor, tendido en una mecedora, se quedó dormido al arrullo de la música.

Yo, en tanto, contemplaba á mi sabor la figura de Soledad, que se destacaba gentil en la grata penumbra de la habitación.

* * *

El resto de aquel día fué también encantador. A la caída de la tarde, las dos jóvenes, don Luciano y yo, dimos en coche un largo paseo por un pintoresco camino que se extendía por la orilla del mar en forma de cornisa. Lo apacible del ambiente, la solemne serenidad del paisaje, en que se combinaban, por un lado la aspereza de las rocas con los tonos verdes de los parrales, y por el otro lado el mar, en cuyas olas se apagaba lentamente el sol; los cantares lejanos y dolientes que el viento nos traía de los hombres que trabajaban en los huertos, todo derramaba en mis sentidos indecible bienestar.

La intimidad de aquel día había hecho crecer entre nosotros la confianza, como si nuestra amistad datase de meses y no de horas. Don Luciano charlaba, como de costumbre, más que catorce; Soledad me hacía notar las bellezas del paisaje; hasta Lola se aventuraba á decir alguna que otra palabra. Yo me sentía más comunicativo, me encontraba á mí mismo. La alegría desbordaba de todo mi sér, y nunca como entonces hablé con tanta sinceridad. ¡Qué lejos me parecía mi casa sin amor! ¡Qué tediosa mi existencia hasta entonces! Sentía rota la integridad de mi existencia. Mi yo de otro tiempo no existía, se había deshecho, para dar lugar á otro yo. Mi alma, un alma nueva, nacía entonces.

Al regresar de nuestro paseo y separarme de mis recientes amigos, me dirigí á la posada. A la puerta, con la capota llena de polvo, estaba la diligencia en que llegué días antes á Bellamar. Me dió un vuelco el corazón, pensando que muy pronto me metería en aquel viejo armatoste y me alegraría, quizás para siempre, del hermoso rincón en que acababa de gustar tanta felicidad.

IV

Hecha y firmada la escritura y recibido el precio de las tierras vendidas, nada justificaba mi per-

manencia en Bellamar. Había corrido ya una semana, que á mí me pareció un soplo, desde mi llegada al pueblo. No hay que decir que durante toda ella, el señor de Cárceles me agobió á obsequios y á agasajos, y que mi intimidad con él y con su sobrina é hija habían aumentado de día en día y de hora en hora. ¡Qué excursiones por aquellos hermosos campos! Durante ellas, don Luciano me hablaba de todo lo existente y de algo más; yo le contestaba maquinalmente y seguía con la vista los graciosos movimientos de las dos jóvenes, que correteaban por las praderas, saltaban los arroyuelos y hacían ramos con las florecillas silvestres. Otros días paseábamos en bote, aspirando con delicia la brisa y recreándonos desde el mar con el cuadro que ofrecía á nuestros ojos el pueblo blanco y riente recostado con dejadez oriental á la sombra de frondosos bosquecillos de plátanos, palmeras y laureles.

Por las noches, en la terraza del hotel, columpiándonos en sendas mecedoras, frente á la mar azul que la luna recamaba de plata, escuchábamos los sonos del piano que Lola tocaba con rara maestría. Soledad cantaba también algunas veces á media voz coplas andaluzas, á las que ella sabía dar incomparable encanto.

El sentimiento que me inspiraba Soledad crecía con la rapidez y violencia de un incendio. Nunca antes de entonces sentí yo aquel contentamiento con que contemplaba á la sobrina del señor de Cárceles, aquel gozo con que escuchaba su voz acariciadora, aquella delicia con que aspiraba el aroma con que ella embalsamaba el aire con sólo pasar. Mi alma, ante Soledad, estaba en perpetua adoración. Hacía, sin embargo, inauditos esfuerzos para ocultar el estado de mi espíritu. ¡Oh!, pero á ella no le pasaban inadvertidos ni mi amor ni mis esfuerzos para ocultarlo.

De mis labios no salía una palabra que indicase ni sombra de enamoramiento; en nuestros diálogos la letra era vulgar, pero sin que yo me lo propusiese; antes bien, tratando de evitarlo, latía siempre un sentido *esotérico*, que de seguro penetraba ella con toda claridad.

¡Y era preciso partir, alejarme para siempre de Soledad, sin decirle una vez siquiera «te adoro», sin recoger de sus labios una frase que no fueran las vulgares de la conversación!

El señor de Cárceles solía nombrar á menudo al ausente; aquellas remembranzas me ponían nervioso: «Si estuviera aquí tu marido», decía en algunas ocasiones á Soledad, cuando paseábamos por las pintorescas cercanías del pueblo; «estás triste, no pienses tanto en él.» A veces se encabraba conmigo: «¡Qué lástima que no haya usted traído á su señora!... ¡Hubiéramos tenido tanto gusto en conocerla!» A cada una de estas frases, se cruzaban instintivamente las miradas de Soledad y las mías.

La intención de hablarle una vez siquiera de amor, me aguijoneaba con atormentadora impaciencia. Escribirle pintándole el estado de mi corazón, me parecía ridículo; esperar una ocasión para decirle algo de lo que llenaba mi alma, equivalía á desistir de mi propósito, puesto que mi estancia en Bellamar no podía prolongarse por más tiempo. Dando vueltas á estos pensamientos, recordé cierto pasaje de una novela de Stendhal, y

me decidí á emplear el mismo procedimiento que el protagonista de *Negro y Rojo* pone en práctica para convencerse ó desengañarse de los sentimientos de la mujer amada.

Por las noches, como he dicho, nos sentábamos en la terraza del hotel frente al mar, ó lo contemplábamos apoyados en la balaustrada. Don Luciano, dando descanso á su elocuencia, solía dormitar al arrullo del piano que Lola tocaba de cuando en cuando en el contiguo salón: «Esta noche — me dije — en el mismo momento de asomar la luna, estrecharé la mano de Soledad; si ella me rechaza, partiré mañana mismo de Bellamar.

* * *

Ni la más tenue nube manchaba el satinado azul del firmamento, salpicado aquí y allá de pálidas estrellas temblorosas. Por el Oriente, sobre las crestas de los montes lejanos, suave claridad, cada vez más intensa, anunciaba la próxima salida de la luna; el murmullo quejumbroso del mar formaba como el sordo acompañamiento de las notas que lanzaba el piano. Soledad estaba junto á mí; me envolvía el perfume que emanaba su cuerpo. Ambos guardábamos silencio; don Luciano dormía. Apareció en el cielo el borde plateado de la luna en menguante, poco á poco fué asomándose su faz dolorida por encima de los picachos de la sierra, y por último, se remontó en el azul del cielo vertiendo torrentes de luz pálida en el mar é iluminando con poética vaguedad jardines y caseríos.

En aquel momento cogí y estreché con pasión la primorosa mano de Soledad. Fijó la hermosa sus ojos en mí con expresión, no sé si de tristeza ó de asombro, y la delicada mano forcejeó algunos instantes por desasirse. Al fin, como pajarillo prisionero que después de inútiles tentativas renuncia á escapar de su prisión, se abandonó vencida á mis caricias.

En aquel momento sentí como si se paralizase mi corazón, en tanto que se esparcía en oleadas por todo mi cuerpo un deleite inefable, como jamás lo había sentido.

Pasó así no sé cuánto tiempo; Lola se apartó del piano y se acercó á nosotros; el señor de Cárceles se despabiló, y yo, soltando la mano de Soledad, dije:

— Esta es la última noche que paso al lado de ustedes.

Soledad me miró en silencio largamente.

— ¿Tan pronto nos deja usted? — exclamó Lola.

Y don Luciano, sinceramente contrariado, saltó en seguida:

— Eso no puede ser. Usted no se va hasta la semana que viene. Tenemos que hacer varias excursiones. Es menester que visite usted también la Alcazaba. ¡Estar en Bellamar y no ver lo que hay en ella de notable!... No, no lo consentiremos. ¿Verdad que no lo consentiremos?

Hablé de ocupaciones apremiantes; dije que mi detención en Bellamar iba siendo ya demasiado larga; empleé, flojamente á la verdad, los pretextos de que se suele echar mano en casos semejantes, cuando se aparenta resistir para ceder al cabo... El señor de Cárceles me interrumpió diciendo:

— Nada, nada... No se va usted mañana.



¡Pues no faltaba más! Comprendo que le agujeró el recuerdo de reunirse con su esposa; pero tres ó cuatro días pronto se pasan. Vamos, Soledad, ruégaselo tú.

Soledad, con tono entre suplicante y despedido, contestó sin mirarme:

— Si de algo sirviera nuestro ruego...

Lola añadió:

— Tiene razón papá; por tres ó cuatro días...

— Usted, Soledad, ¿qué haría en mi caso?

— Yo... quedarme.

— ¡Bravo! — gritó palmoteando don Luciano.

— Hasta el lunes — estábamos en jueves — es usted nuestro. Subiremos al castillo; esa fortaleza moruna en ruinas que habrá usted visto en lo alto de un cerro. Es un punto de vista excelente; se domina desde allí un panorama precioso. Según dice don Exuperio, hay en el castillo cosas de mucho mérito, recuerdos históricos... qué sé yo... Y á propósito, llevaremos á don Exuperio; el buen señor se parece por explicar... Es un sabio, un pozo de ciencia... ¡Qué memoria la suya!

No me halagaba mucho, la verdad, la idea de ir saltando escombros y trepando por torreones cuarteados. Mejor hubiera querido consagrar las tardes que iba á permanecer aún en el pueblo á recorrer con Soledad, Lola y su padre, los valles cubiertos de flores ó los tortuosos senderos de la costa, que escuchar disertaciones arqueológicas entre ruinas cubiertas de ortigas y jaramagos. Pero, ¿qué hacer? Subiría al castillo.

— ¡Poco que me gustan á mí — dije — esas excursiones! ¿Irán ustedes también?

— Iremos todos. Ni mi hija ni mi sobrina han visitado las ruinas.

Me despedí: al estrechar la mano de Soledad, advertí que temblaba.

V

A las cinco de una hermosa tarde subíamos por la tortuosa senda que conduce al castillo, don Luciano dando el brazo á Soledad y yo que daba el mío á Lola. Detrás de nosotros caminaba don Exuperio. Era el tal como de cincuenta años bien corridos, largo y estrecho, amojamado y huesudo. Su catadura recordaba la de Don Quijote: usaba gafas que él llamaba «vidrios correctores», y vestía con el desaseo propio de los sabios. Llevaba un gran sombrero de paja y se apoyaba en un grueso bastón.

Nadie como don Exuperio conocía las antigüedades de Bellamar. El se sabía de memoria el texto de cuantos documentos históricos se guardan en los archivos consistorial y parroquial; tenía al dedillo los linajes de todas las casas señoriales de la comarca, y se había echado y se echaba al colete cuantos libros, directa ó indirectamente, trataban de algún suceso ó persona de Bellamar, ó por lo menos, citaban el nombre del pueblo. A los bibliotecarios y archiveros de Almanzora, la capital de la provincia, los traía locos. Su casa era un revuelto museo de cosas viejas, en cuya busca y adquisi-

sición se había gastado el hombre casi todo su caudal: había allí clavos de las primitivas puertas de la fortaleza, una herradura del caballo del rey Zagal, un chapín descolorido y deshilachado de la traidora amante de Aben Humeya, vasijas de extrañas formas fabricadas en el siglo xvii, cuando prosperaba en Bellamar la industria cerámica; espadas, cascos, broqueles y cimitarras llenos de herrumbre; tocas, marlotas, caparazones, frenos, sillas de montar, ladrillos, pedruscos, azulejos... qué sé yo.

Visitar la casa de don Exuperio era muy superior á la paciencia del que no la tuviese benedictina — «No se puede usted figurar, me decía el señor de Cárcelos, lo que sabe este hombre. De cada chirimbo de los que tiene en su casa, cuenta una historia que yo

no sé si será verdadera, pero que siempre es larga. Si usted quiere, le llevaré á que vea su museo.

— ¡No! — contesté aterrado.

Tal era el *cicerone* que nos acompañaba en nuestra excursión al castillo.

* * *

Hablando don Exuperio y oyéndole nosotros, llegamos al torreón de Carlos V. Era un gigante por fuera, todavía vigoroso, que alzaba su frente coronada de almenas como si intentase defender aún los montones de ruina que yacían á sus pies. Salvando trabajosamente los escombros que le rodeaban, penetramos en la enorme torre. Parecía aquello un hondísimo pozo que se perdía por la parte de abajo en pavorosas profundidades y que dejaba ver en lo alto un pedazo de cielo azul. Una estrechísima escalera que junto al muro subía, desde las negruras de abajo, permitía ascender á la plataforma que rodeaba, á guisa de corona, la parte superior del torreón.

Antes de que nadie pudiese impedirlo, Soledad comenzó á trepar por la escalera.

— ¡Soledad! — voceó espantado don Luciano.

— Vas á matarte — gritó Lola.

— Baje usted, baje usted — añadió don Exuperio.

— ¡No hay cuidado! — contestó Soledad, que había salvado ya la mitad de los peldaños.

Yo la seguí.

— No miren ustedes hacia abajo — dijo don Exuperio —. ¡Hacia arriba... siempre hacia el cielo!...

Los escalones estaban carcomidos; un mal paso podía hacernos caer allá, sabe Dios dónde, en las hondísimas cavernas de la Alcazaba, que nadie conocía, ni el mismo don Exuperio.

Llegamos por fin á la plataforma.

Nuestros amigos, viéndonos en salvo, se apar-

taron del torreón algo más tranquilos. Era la primera vez que me encontraba á solas con Soledad. Ansiaba decirle todo lo que desde que la ví llenaba mi pensamiento; quise hablar y mis labios no acertaron á decir una palabra.

Durante algunos momentos contemplamos en silencio la tersa superficie del mar. Del puertecillo salía en aquel momento lentamente un vapor, cuya sirena parecía despedirse con un adiós ronco y dolorido.

Soledad rompió el silencio.

— ¡Qué triste es ver un barco que se aleja!

— ¡Muy triste! ¿Pero no le parece á usted que es tan triste para el marinero abandonar el puerto en que ha encontrado hospitalidad... cariño?

— ¡Ay del que se queda!

— ¡Ay del que se va!

— El que se

va — siguió Soledad dejando vagar por el mar su mirada soñadora — fácilmente olvida. Otros lugares, otros semblantes, la diversidad de vida y costumbres borran poco á poco los recuerdos del pasado. Pero, ¿cómo habrá de olvidar el que tiene siempre delante de los ojos objetos y lugares que le hablan del ausente? Aquí le vi por primera vez, por aquel paseo fuimos juntos...— Soledad calló de repente, como arrepentida de lo que acababa de decir.

— ¿Le hablará á usted de mí todo esto que pronto he de dejar?

Soledad, apoyada en una de las almenas, parecía absorta en la contemplación del hermoso panorama que se extendía frente á nosotros; la brisa del mar agitaba suavemente el velo que adornaba su sombrero de paja.

— Oigame usted, Soledad. Son estos momentos supremos de mi vida. Hasta que la he visto á usted no vivía, porque ignoraba lo que era querer. Usted ha sido una revelación para mí, sí, una revelación de belleza, de ternura, de amor. Si pudiera mostrarle mi alma se vería usted en ella.

— ¡Por qué no nos habremos conocido antes! — dijo como hablando consigo misma.

— ¡Oh, sí! — dije aproximándome á ella y apoderándome de una de sus manos, mientras el velo de su sombrero, impulsado por la brisa, acariciaba mi rostro —. ¿Por qué no nos habremos conocido antes? — Después de una pausa, añadí: — Pero al fin Dios nos ha reunido.

— ¿Está usted seguro de que ha sido Dios?

— ¿Quién sabe? El acaso se ha dicho que es obra de los cielos. Me parece que antes de ahora la conocía á usted; mi alma, sin darse cuenta de ello, la buscaba; se encontraba sola porque estaba separada de usted... Mis días eran como noche oscura; faltaba en ellos el amor, que es la luz...



Los ojos de Soledad, llenos de lágrimas, se fijaron en los míos.

— Esas lágrimas — seguí yo — me responden. ¿Verdad que no me engaño? ¿Verdad que es nuestro amor más fuerte que nuestra voluntad, más poderoso que nuestro deber?

— Sí; aunque usted me juzgue mal, he de decirlo: yo tampoco sabía antes de ahora qué cosa era querer. . . Ansiaba hacer esta confesión. Por eso he subido hasta aquí; sabía que me seguiría usted. ¡Oh, Dios mío! . . . ¡Y pensar que dentro de unas cuantas horas se alejará usted de aquí. . . quízs para siempre!

— Volveré; juro á usted que volveré.

Desde abajo, Lola, don Luciano y don Exuperio nos hacían señas para que bajásemos. Fué preciso obedecerlos; yo delante y ella apoyándose en mí, descendimos lentamente. El interior de la torre casi estaba en tinieblas. Al llegar al pie de la escalera enlacé el brazo al talle de Soledad, la atraje hacia mí y cambiamos un beso largo y apasionado, cuyo recuerdo aun parece que me quema los labios.

* * *

— ¡Qué locura! — dijo don Luciano cuando nos vió salir del torreón —. Hemos estado con el alma en un hilo.

— Se descubre desde allá arriba — dije, dominando á duras penas el temblor de mi voz — una vista tan hermosa . . .

— Estás pálida — exclamó Lola acercándose á Soledad y cogiéndola las manos.

— Es natural — apuntó don Exuperio —. El menor descuido hubiera podido causarles la muerte.

— ¿Qué, te sientes mala? — preguntó cariñosamente don Luciano.

— No; no es nada. Un ligero desvanecimiento, un mareo. . . Ya pasó.

— Así se manifiesta — aseguró sentenciosamente don Exuperio — el vértigo de las alturas.

— Ea, ea, á casa — dijo el señor de Cárceles —. Dame el brazo, Soledad, aunque mejor será que se lo des á Mendoza. El tiene mejores piernas que yo. Ven tú, Lola.

Y precedidos de don Exuperio, que á cada paso se volvía para ilustrarnos con sus eruditas explicaciones, iban don Luciano y su hija. Soledad y yo cerrábamos la marcha.

La suave presión de su mano y el roce en mi brazo de su seno de diosa, me producían no sé qué especie de embriaguez.

Nos detuvimos un momento antes de salir del castillo y contemplamos el mar, sobre cuyo azul se proyectaba la vaga claridad del crepúsculo. Lejos se destacaba todavía, en el confín del horizonte, el humo del vapor que poco antes habíamos visto salir del puerto.

* * *

Y llegó el día de mi marcha. El coche salía á las cinco de la tarde. Lola, don Luciano y don Exuperio me rodeaban en la puerta del parador, haciéndome mil protestas de amistad. Soledad guardaba silencio.

— Aquí — decía el señor de Cárceles — deja usted unos amigos que le quieren de veras. Siempre recordaremos con placer estos días.

— Vamos á echarle mucho de menos — interrumpió Lola.

— Si usted desea — expuso gravemente don Exuperio — pormenores de la historia de este pueblo, de su origen, de sus primitivos habitantes, de su fauna, de su flora, de sus costumbres antiguas ó modernas, de sus hijos ilustres, en una palabra, de cuanto aquí existe ó ha existido, no tenga usted inconveniente en dirigirse á mí. Lo poco que yo sé, cuanto soy y valgo, están incondicionalmente á su disposición.

Algunos viajeros habían ocupado ya sus asientos en la diligencia; las seis mulas sacudían impacientes sus colleras.

— ¡Al coche! — gritó el mayoral arrellenándose en el pescante y empuñando las riendas.

Di un abrazo á don Luciano, sendos apretones de manos á don Exuperio y Lola, y estreché y retuve durante algunos segundos entre las mías las temblorosas manos de Soledad, dejando en ellas una carta en que le vaciaba mi corazón.

Subí al coche, agarróse el zagal al freno de la mula delantera, y el pesado vehículo empezó á rodar por el enguijarrado suelo de la plaza con gran estrépito de herrajes y campanillas.

Mis amigos se dirigieron á la bocacalle que enfilaba la carretera, y desde allí me saludaron agitando sus pañuelos. Poco después la diligencia torció el primer recodo del camino, y dejé de ver los blancos pañuelos que me decían «adiós».

Recostado en un rincón del coche, con los ojos cerrados, me puse á rehacer, con no sé qué especie de pena deleitosa, el hermoso pedazo de vida que detrás de mí acababa de desvanecerse.

VI

Una vez en mi casa escribí á Angeles, excusándome con no sé qué pretexto de ir á San Sebastián, donde ella lo pasaba tan guapamente en compañía de su padre, tomando nota en los paseos y por la noche en el Casino, de los trajes y moños que allí lucían las madrileñas, para copiarlos después y asombrar á las señoras y señoritas de X. . . ¿Qué otra cosa podía ella desear? Además, las excursiones y viajes á Biarritz, San Juan de Luz y Bayona la encantaban, principalmente á causa del placer de pasar de matute por la frontera galas y perifollos comprados en Francia. Al padre de Angeles le gustaban también tales expediciones. El hombre, aunque nunca había llegado más allá de Bayona, decía luego dándose tono: «¡Oh, los viajes por el extranjero ilustran mucho!»

Cuando al cabo de un mes Angela regresó de San Sebastián, reanudamos nuestra vida de antes. Mi suegro no me molestaba gran cosa; enfrascado en sus negocios no se fijaba en lo demás. Para él su hija — y no se equivocaba — era feliz. No le faltaba nada: tenía buena casa y buena mesa, vestía con lujo, y su marido ganaba lo bastante y algo más para vivir con holgura. ¿Qué otra cosa podía desear?

* * *

Encerrado en mí mismo, yo solamente pensaba en Soledad; saboreaba una por una todas las palabras que había oído de sus labios; recordaba hasta



los pormenores más insignificantes de los días felices pasados en Bellamar; me representaba á todas horas la imagen de la mujer querida; la besaba con el pensamiento, y cuanto de bello veían mis ojos con ella lo relacionaba. Si se cruzaba conmigo en la calle una mujer hermosa, «no es tan hermosa como Soledad», pensaba yo. Nunca como entonces me parecieron bellas las flores, no por las flores mismas, sino porque podían servir para adornarla y realzarla. Las alhajas de las joyerías me hacían imaginar cómo brillarían en los hombros de ella. ¿Qué más? Me pasaba á veces delante de los escaparates de las zapaterías mirando el calzado que, por su elegante forma, evocaba en mi memoria el recuerdo de los lindos pies de Soledad, ceñidos por ajustadas botas de piel amarilla...

Placiame por extremo pasear por senderos solitarios, entre árboles espesos, lejos del ruido de la ciudad. Allí podía pensar libremente en ella y leer y releer sus cartas, á las que no podía contestar por temor á que dieran en otras manos que las suyas. Sus cartas largas, trazadas con lápiz y á menudo en párrafos truncados, revelaban bien á las claras la intranquilidad con que habían sido escritas. Casi todas lo estaban con fechas atrasadas y en papeles arrugados. «No sabes las veces que he tenido que esconderla en el pecho.» En ellas me contaba punto por punto su vida, sus tristezas, sus ensueños; me entregaba, me abandonaba su alma toda entera. «Quizás me preguntes por qué aborreciéndole, me he casado con un hombre que podía ser mi padre. Piensa en la clase de educación que se nos da á las mujeres, en el desconocimiento en que estamos de la vida conyugal cuando vamos al matrimonio. Antes de mi boda, él me parecía un hombre respetable, bien educado y cariñoso. Mi padre, que presentía ya su próximo fin y que á todo trance quería dejarme colocada, le trataba con gran consideración. A mí, yo no quiero tener secretos contigo, me halagaba que un hombre de buena posición, casi viejo, se mostrase

tan rendido y obsequioso. ¡Oh, cuánto nos engaña y hace engañar la vanidad! Ni había pensado yo, ni podía pensar entonces, en los deberes y sacrificios que supone el matrimonio. Además, yo no sabía qué cosa fuese el amor. El amor, que dormía en el fondo de mi alma, no despertó hasta que tú lo llamaste... Ir por los paseos muy elegante, cogida del brazo de mi marido, dando envidia á las muchachas de mi edad, era todo lo que el matrimonio significaba para mí.»

Y continuaba desplegando ante mis ojos el cuadro doloroso de su existencia. «Al día siguiente de mi boda, ¡qué desengaño! El hombre aquel, tan comedido y obsequioso en visita, era en la intimidad brutal, exigente y bajo, que bajeza grande es obtener por fuerza lo que sólo debe otorgarse por espontáneo consentimiento. Conforme pasaban días mejor iba conociendo su carácter y más odio-so lo encontraba. Duro, celoso, irritable, comprendo que me es repulsivo, que ha encontrado en mí, hasta ahora, la sumisión, la fidelidad material, pero nada parecido al amor. Por esto se han recrudecido en él antiguos vicios; pasa las noches en el Casino jugando y vuelve á casa á la madrugada, y no siempre sereno. Esto aumenta mi antipatía hacia él... Así he vivido durante cinco años, hasta que ha entrado en mi alma, con tu cariño, un rayo de felicidad. Cuando pienso que á cien leguas de mí hay otro corazón que late al compás del mío; cuando mis pensamientos te acarician como manos cariñosas, me parecen insignificantes todas mis penas. ¿Qué valen ellas comparadas con este placer, nunca sentido por mí, de querer y ser querida?»

* * *

Pocos días después de salir yo de Bellamar, Soledad había ido á reunirse con su marido. Por sus cartas conocía, como si hubiera vivido en ella, la casa que en Almanzora, la capital de la provincia, habitaba el matrimonio. Veía con la imaginación el jardín y su cenador en medio cubierto de plantas

trepadoras; los setos de jazmines y los rosales cuajados de rosas; la azotea, desde la cual se dominaba el mar; la fachada con sus rejas enaguinaldadas de claveles. También estaba enterado de los sitios que frecuentaba Soledad, de sus vestidos, de las galas con que se ataviaba. Entre los pliegucillos de sus cartas me mandaba hojas de las flores que habían adornado sus cabellos. Como todos los primeros amores, el nuestro se complacía con esas divinas nonadas, que constituyen lo más dulce de la vida.

«Escribeme, me decía en otra carta; mi marido va á estar ocho días fuera de Almanzora: dirígeme á él el sobre.» ¡Con cuánto placer cogí la pluma! ¡Tenía tantas cosas que decirle! . . . Jamás he sido tan sincero como lo fui entonces; los sentimientos en que rebosaba mi corazón se vertían, apasionados, sobre el papel. Le hablé de mi vida prosaica y vulgar hasta que la conocí á ella, le confíe hasta mis pensamientos más íntimos, le hice ver toda la grandeza de mi amor, le mostré, en fin, lo más hondo de mi alma. . . Cerré la carta y, por extremo de precaución, hice que el sobre, dirigido al marido de Soledad, conforme ella me indicaba, fuera de otra letra que la mía.

* * *

Y pasaron algunos meses, y el viento de la ausencia avivaba de día en día el fuego de mi amor. La primavera, esa primavera enfermiza de Castilla, que parece tiritar bajo la amenaza constante de las escarchas y de los hielos, me hacía soñar con la primavera exuberante y lujuriosa de Andalucía. Grande era mi impaciencia por correr al lado de Soledad; pero aunque mi mujer, como he dicho, se ocupaba poco ó nada de mi persona, tenía yo que tomar precauciones, á fin de evitar un escándalo promovido, no por su amor hacia mí, sino por su amor propio.

VII

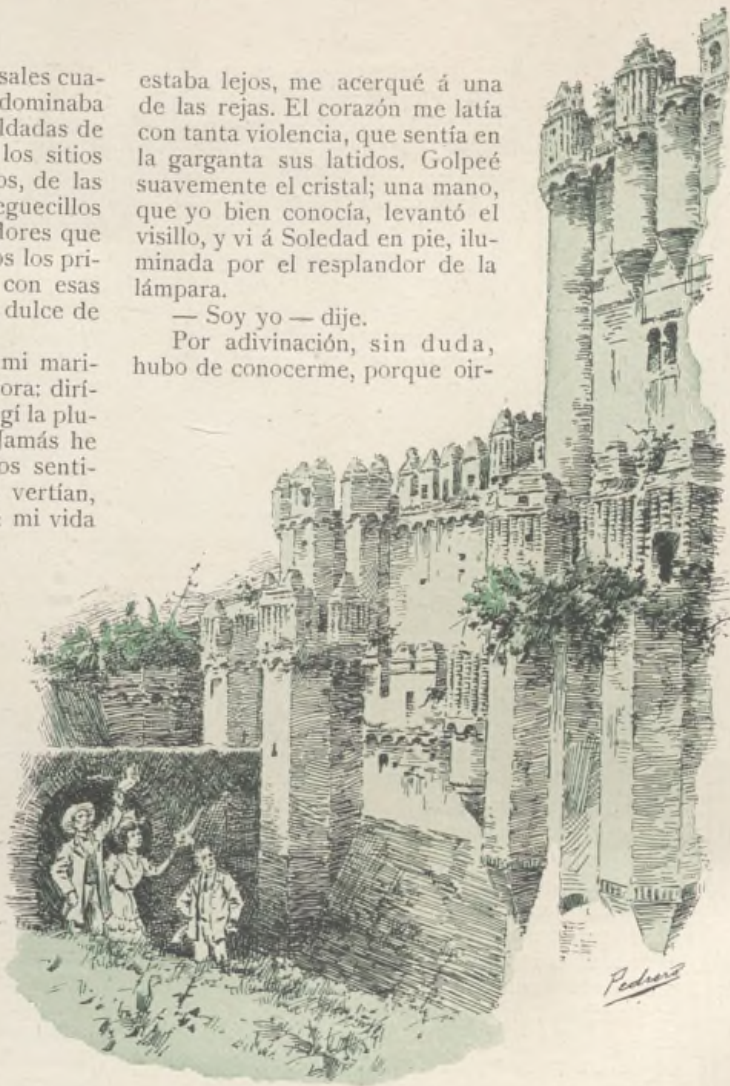
Busqué un pretexto y empecé mi viaje; llegué al anochecer á la estación de Almanzora. Di en la fonda un nombre supuesto y, ya bien entrada la noche, salí á la calle.

Por las cartas de Soledad sabía las señas de su casa, y orientado además por el plano de la ciudad, que de antemano había estudiado, pude, sin preguntar á nadie, dar con lo que buscaba. El piso bajo de la casa tenía dos rejas, adornadas al uso de Andalucía, con macetas de claveles. Al través de las entreabiertas maderas brillaba luz. Por la calle apenas pasaba gente. Medio oculto en el quicio de una puerta, sin quitar los ojos del resplandor que se escapaba por las ventanas, esperé durante una hora. A cada persona que pasaba junto á mí, de las contadas que transitaban, me estremecía de terror, como si pudiera conocerme ó adivinar por qué estaba yo allí. Con este temor se mezclaba mi impaciencia por ver á Soledad. Al cabo salió un hombre de la casa y se alejó calle arriba. Le seguí con la vista, y cuando calculé que

estaba lejos, me acerqué á una de las rejas. El corazón me latía con tanta violencia, que sentía en la garganta sus latidos. Golpeé suavemente el cristal; una mano, que yo bien conocía, levantó el visillo, y vi á Soledad en pie, iluminada por el resplandor de la lámpara.

— Soy yo — dije.

Por adivinación, sin duda, hubo de conocerme, porque oír-



me era difícil, y verme, imposible, á causa de la obscuridad de la calle. Abrió, temblando, la vidriera, y con un acento en que se juntaban la pasión, la alegría y la sorpresa, exclamó:

— ¡Eres tú!

— Sí, yo soy, que no podía vivir lejos de ti; yo, que te adoro.

— ¡Y dicen que la alegría mata!

El contento brillaba en sus ojos al través de las lágrimas. Nos contemplamos algunos instantes en silencio, con las manos enlazadas, y luego dijo:

— El jardín de la casa da á una callejuela paralela á esta calle. Ve allá; aquí pueden vernos.

Obedecí; forman la callejuela altas tapias de huertos, á las cuales se asoman las copas de los árboles. Rechinó la puerta de uno de aquéllos, entreabrióse, y un momento después Soledad se abandonaba en mis brazos, mientras nuestros labios se juntaban en larguísimo beso.

* * *

Por tediosa que haya sido nuestra existencia y por amargas las hieles que en ocasiones hayamos apurado, hay horas é instantes en ella de tan exquisita dulzura, de tan glorioso placer, que nos indemnizan de todos los dolores padecidos y nos hacen comprender lo que vale el don divino de

vivir. Cuando recuerdo aquellos momentos de felicidad suprema, aunque después me han atormentado pesares horribles, no puedo maldecir sinceramente el haber nacido. Amar y ser amado es pasar, aunque sea rápidamente, por el cielo.

¡Oh jardín de delicias por cuyas espesas enramadas penetraban envidiosos los rayos de la luna y cuyo ambiente embalsamaba el aroma de las flores!... Todavía me parece oír el suave susurro de las hojas estremecidas por el aliento de la noche, y ver los dibujos primorosos que formaba en la arena la sombra del ramaje de los árboles. Allí, dulces confidencias, placeres nunca sentidos ni siquiera imaginados. ¿Qué cosa puede haber más bella? Las estrellas en el cielo, la primavera á nuestro derredor y el amor en el fondo de nuestras almas.

Descuidados, saboreábamos nuestra ventura. El marido de Soledad, atraído por el juego, iba al Casino á las primeras horas de la noche y no volvía de allí hasta la madrugada. Para mayor seguridad nuestra, Soledad había hallado modo para que las criadas pasaran la noche fuera de casa.

A la una dejaba yo el huerto; el resto del tiempo estaba en mi cuarto del hotel esperando que llegase la noche. A veces, por no despertar la suspicacia de los huéspedes, salía de la fonda y me dirigía á la orilla del mar, cuya azulada llanura se armonizaba, no sé por qué, con el estado de mi espíritu.

* * *

Pasó una semana con la desesperante rapidez con que vuelan las horas felices. Forzoso era separarnos, más que por otra cosa, por evitar que se descubriesen nuestros amores. La proximidad de esta separación no nos entristecía; teníamos trazados ya nuestros planes para lo porvenir. Pensaba realizar todos mis bienes; mi mujer se quedaría con su dote, que estaba intacto, porque yo había tenido cuidado de no gastar de ella un solo céntimo. Mis rentas habían bastado y aun sobrado para sostener los gastos de la vida conyugal. Además, el padre de Angeles nadaba en la opulencia; separándome yo de su hija no causaba á ésta ningún quebranto; antes bien, dado su carácter y su temperamento, lo pasaría mucho mejor no teniéndome á mí á su lado. ¿Por qué, pues, había de sacrificar mi felicidad por una mujer á quien no quería y de quien tampoco era querido?

Por su parte, Soledad aborrecía á su esposo, cada día más soez y brutal. Me amaba y la amaba con pasión avasalladora. «En amor — ha dicho uno de nuestros clásicos — no hay caso injusto.» Huiríamos juntos, romperíamos nuestras cadenas y seríamos felices en América, sin tener allí que ocultarnos, ostentando nuestro cariño á la luz de sol.

Fácil había de sernos, aprovechando la primera ausencia de Fuertes, tomar pasaje en alguno de los barcos que hacen escala en el puerto de Almanzora. Ya arreglaríamos las cosas de modo que ni rastro dejase nuestra fuga. Vida nueva en un país nuevo también. Y trazando proyectos encantadores, pensando en nuestro hogar futuro y saboreando nuestro amor y nuestra esperanza, llegó la noche de mi marcha.

Nuestra despedida fué larga; el dolor de la ausencia templáballo la seguridad de que muy pronto

volveríamos á reunirnos para no separarnos nunca. Nuestro apartamiento no sería más que un breve paréntesis en nuestros amores. Sin embargo, no acertábamos á separarnos. Junto á la puertecilla del jardín, que aquella noche estaba iluminado por la luna en toda su plenitud, estuvimos abrazados durante algunos minutos.

— ¿Volverás pronto? — me dijo apoyando su cabeza en mi pecho y fijando en mis ojos los suyos llenos de lágrimas.

— Muy pronto — le contesté —. ¿No sabes que no puedo vivir sin ti?

Haciendo un supremo esfuerzo, me desasí de ella y salí corriendo.

* * *

Llegué á mi hotel, me acosté y traté de dormir. Inútil propósito. La imagen de Soledad y el recuerdo de sus ardientes caricias ahuyentaban mi sueño. El tren partía de Almanzora á las cinco de la mañana y á las cuatro ya estaba yo en pie. Cuando llegué á la estación, la luna iba á ocultarse. Lejos, la ciudad dormía arrullada por el murmullo monótono del mar.

Entré en un departamento de primera y me instalé cómodamente en un rincón. Sólo había un viajero que parecía dormir en el lado opuesto al que yo ocupaba. Momentos antes de ponerse el tren en marcha subió al vagón un tercer viajero, que al reconocer al otro empezó á hablar amistosamente con él.

Silbó la locomotora, y el convoy, con gran estrépito, salió lentamente de la estación de Almanzora; apresuró después su marcha y emprendió luego desenfundada carrera en medio de la obscuridad.

* * *

De pronto, y cuando yo, distraído, contemplaba, apoyada la frente en el cristal de la ventanilla, el blanquecino resplandor que anunciaba la proximidad de la aurora, oí pronunciar á uno de mis compañeros de viaje el nombre de Soledad y el de Alberto Fuertes. ¿Por qué se mezclaban en su conversación aquellos nombres? Agucé el oído, pero el estrépito del tren sólo me dejó percibir algunas palabras sueltas: «Jardín, infamia, sorpresa...» Vago temor asaltó mi pensamiento. ¿Se nos habría espiado? ¿Se habrían hecho públicos mis amores con Soledad?

Horas me parecieron los treinta minutos que tardamos en llegar á la primera estación. Al detenerse el tren, sustituyó al estruendo anterior un gran silencio, sólo interrumpido por el hervor de la caldera de la máquina y por las voces de los mozos, que parecían venir de otro mundo. El diálogo de los dos viajeros llegó entonces distintamente á mis oídos, y sus palabras fueron otros tantos puñales que se clavaron en mi corazón.

— Siempre tuve yo — dijo el viajero que había entrado el último en el coche — á ese Fuertes por malísima persona. ¿Qué dirá usted que ha declarado?

— ¿Pero ha prestado ya declaración? — preguntó el otro.

— Eso me acaban de decir en el Casino. Como tenía que madrugar para tomar el tren, he pasado allí la noche. A eso de la una y media fueron á

buscar al juez, que estaba jugando al tresillo. Fuertes acababa de asesinar á su mujer.

— ¡Eh! ¡Cómo! — grité yo saltando más que levantándome del asiento —. ¿Que han asesinado á Soledad? ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Soledad vive; diga usted que vive!

Los dos viajeros me miraron con expresión de estupor.

— ¡Hablen ustedes, por Dios! ¡No comprenden que me han atravesado el corazón!...

— ¿Es usted acaso pariente suyo? — me preguntó uno de los viajeros.

— Sí; pariente... Pero lo que usted ha dicho es, sin duda, una equivocación. Soledad no ha muerto. ¿Verdad que no ha muerto?...

Los sollozos me ahogaban y no pude seguir.

— Deploro de todo corazón mi inadvertencia — dijo el que había hablado primero —. Por desgracia, lo que acabo de contar es cierto. Esa señora pariente de usted, ha sido asesinada por su marido.

Sentí como si una oleada de sangre me invadiese el cerebro; nubláronseme los ojos, me flaquearon las piernas y me dejé caer en mi asiento casi sin sentido.

Mis dos compañeros de viaje se acercaron solícitos á mí.

— ¿Se ha puesto usted malo?

— Tranquilícese usted.

Haciendo un esfuerzo violento, pude dominar algo mi emoción.

— ¡Ha sido — dije — una sorpresa terrible! ¡Estaba tan ajeno!

— A todos los que conocíamos á esa señora nos ha sobrecogido la noticia. Figúrese usted...

— ¡Oh, sí; cuénteme usted todo... todo...

— Según parece — siguió diciendo el viajero que había pasado la noche en el Casino —, Fuertes, después de perder cuantos billetes llevaba encima, fué á su casa en busca de dinero. Asegura que al entrar en su despacho, cuyas ventanas dan al jardín, vió en él á dos personas: una era su mujer y la otra un hombre. Sigue diciendo que, ciego de cólera bajó al jardín (el despacho está en el piso principal); el hombre había desaparecido. Fuertes trató de seguirle, pero Soledad se lo impidió. Forcejearon, y él, loco de rabia, hizo fuego... y ya sabe usted lo demás.

Por fortuna, la claridad del día era aún escasa, y mi interlocutor ni su compañero podían advertir la congoja y el espanto que sin duda delataba mi rostro.

— Pero lo cierto es — siguió el viajero — que con su relato el tal Fuertes no ha logrado engañar á nadie. Su esposa era una señora sin tacha. En una ciudad pequeña, como Almanzora, en que todo se sabe, ¿cómo hubieran podido permanecer ocultas unas relaciones ilícitas? El mismo marido, al ser interrogado por el juez, no ha podido menos de contestar que no tenía sospechas de nadie. A Soledad no se la veía ni en paseos ni en teatros: si de algo se la motejaba, era de huraña. Créame usted: el relato de Fuertes es un tejido de embustes. Yo me explico lo que ha debido de pasar de este modo: Fuertes es un vicioso capaz de jugarse la cabeza. La noche pasada perdió una cantidad crecida. Cuando se quedó sin un real — como si lo hubiera visto — fué á pedir á su mujer el dinero



que ella guardaba, quizás sus alhajas. Ella, á quien su marido ha despojado de todos los bienes que llevó al matrimonio, se negaría á entregarle lo que él reclamaba... Sobrevendrían las palabras duras, los insultos, quizás los golpes, y al fin el asesinato... Seguro estoy de que no hay en Almanzora una sola persona que no piense como yo.

— Cierto — dijo el otro viajero —. Y el infame, después de haber asesinado á su mujer, trata de deshonrarla.

El golpe que acababa de recibir me había dejado tan aturdido, que no podía ni pensar. Las ideas flotaban sueltas en la inmensidad de mi dolor; me parecía caer, como acontece algunas veces en los sueños, en una mina tenebrosa que nunca se acababa; sólo me daba cuenta del horror de mi caída. En medio de la confusión en que estaba sumida mi alma, únicamente anhelaba volver á Almanzora. ¿Para qué? Lo ignoraba, pero decidí volver.

Muy alto estaba ya el sol cuando se detuvo el tren en una estación, como abandonada en una extensa y rojiza llanura. Cogí la maleta y, despidiéndome de mis compañeros de viaje, salté al andén. Apenas me hube apeado, el convoy emprendió de nuevo su marcha, y yo, inconscientemente, me

quedé mirándole marchar, hasta que desapareció tras una colina lejana.

* * *

¿A qué hora pasa el tren descendente? — pregunté al jefe de estación.

— A las cinco y cuarenta — me contestó.

Miré el reloj; eran las ocho. Tenía que esperar nueve horas mortales. La estación distaba del pueblo unos cuatro kilómetros y al pueblo me dirigí, necesitado como estaba de aplacar algo con el cansancio mi exaltación nerviosa.

La dilatada extensión que mis ojos alcanzaban á ver, limitada en la parte del Poniente por altas montañas, era de color de sangre y estaba interrumpida á trechos por praderas pequeñas en las que pastaban escuálidos jamelgos. Al final del caminejo por donde yo avanzaba lentamente, se agrupaban unas cuantas casuchas en derredor de una desvencijada torre. En un campo lejano, un labriego lanzaba al viento su canto monótono, cuyas notas se arrastraban perezosas por la rojiza llanura.

¿Para qué ir al pueblo? Dejé el camino y eché á andar por una senda que sabe Dios en dónde terminaría. Aquel camino sin rumbo se hermanaba perfectamente con el estado de mi espíritu. Muerta Soledad, ¿qué objeto ni qué fin tenía ya para mí la vida? Volver á mi antigua existencia, nunca. En los últimos meses la seguridad de que había un corazón apasionado que latía por mí, de que una mujer enamorada me consagraba todos sus pensamientos, me infundían halagadoras esperanzas y eran como la razón de mi vivir. Ahora, en un instante, todo se había desvanecido. ¡Oh, Dios! ¿Era posible que aquella mujer adorada que pocas horas antes palpitaba de amor entre mis brazos, estuviese rígida, inerte, tendida en el ataúd?

Y en medio de estos pensamientos, me acometían impulsos de cólera insensata, de rencor monstruoso contra el hombre que había manchado sus manos criminales en la sangre de Soledad. . . ¡Con qué gozosa rabia y refinado ensañamiento arrancaría yo poco á poco la vida á aquel infame! ¡Con qué saña placentera le vería agonizar! Ni esa satisfacción me quedaba: le defendían de mi odio los muros de la cárcel. ¡Oh, pero su condena sería terrible; nadie sospechaba de Soledad, y por consiguiente, el crimen sería considerado por los jueces, no como la venganza de un marido celoso, no como el castigo de un agravio, sino como asesinato motivado por la codicia. ¡La cadena perpetua! . . . ¡Quizás el patíbulo! Y mi desesperación se iluminaba con el resplandor de una alegría frenética.

Después de caminar largo rato me senté en un peñasco al que daba sombra un árbol solitario, no muy apartado del sendero. Allí, sumido en mis dolorosas imaginaciones, permanecí largo rato. . . Cuando advertí, como al despertar de un sueño, que ya era muy avanzada la tarde, empecé el regreso á la estación.

Aun tuve que esperar largo tiempo. A la hora indicada llegó el tren, y á las ocho de la noche, rendido de cansancio, quebrantado el espíritu y en ese estado de inconsciencia que sigue á las grandes tempestades del ánimo, me apeaba en la estación de Almanzora.

* * *

Deliberadamente me hospedé en fonda distinta de aquella en que antes estuve alojado. En el hotel, como en todas partes, no se hablaba de otra cosa que del crimen de la noche anterior. Los periódicos locales publicaban artículos y noticias acerca del espantoso drama. La explicación dada por el criminal y hecha pública á pesar del secreto del sumario, era considerada como un tejido de mentiras; el asesino no se había contentado con arrancar la vida de su víctima: la calumniaba después de muerta.

En cafés y corrillos se comentaban las pérdidas de Fuertes en el juego; la venta ó hipoteca de las fincas de su esposa, venta ó hipoteca autorizadas generosamente por Soledad; el abandono en que durante años la tuvo su vicioso marido, reclusa en su casa como en una cárcel, y viendo día por día cómo se acercaba á ella el fantasma de la miseria. La prensa describía el entierro de Soledad: una manifestación de duelo en la que habían tomado parte todas las clases sociales de Almanzora, dando de tal modo rotundo *mentis* á las pérdidas afirmaciones del criminal.

* * *

Cuando llegué á mi casa, después de un mes de ausencia, mi mujer, sin manifestar la menor sorpresa, me dijo con acento indiferente:

— Creí que no volvías.

— Muy cerca has estado de acertar.

— ¿Por qué lo dices?

— Es largo de explicarlo; ya hablaremos.

— Como si no me lo explicas. Ya te he dicho muchas veces que no soy curiosa.

Al día siguiente, sentados uno frente á otro en el gabinete de Angeles, la hablé de esta manera:

— Lo que voy á decirte, hace mucho tiempo que no es un secreto para ninguno de los dos. Angeles, tú y yo no nos queremos.

Angeles se encogió de hombros y movió la cabeza con expresión de indiferencia burlona.

— ¿Y ahora te desayunas tú de eso?

— No; desde antes de nuestra boda ya lo sabía.

— Entonces, ¿por qué te casaste?

— Por la misma razón que te casaste tú; por lo que se hacen tantos matrimonios como el nuestro; por desconocer que el único lazo que puede unir para siempre dos corazones es el amor. Hemos vivido juntos, y sin embargo, nuestras almas han estado y están á tanta distancia una de otra, que ha sido imposible entendernos. ¿Por tu culpa? ¿Por culpa mía? No lo sé; pero el hecho es evidente. A medida que ha pasado el tiempo, tú lo sabes, nuestro apartamiento espiritual es cada vez mayor. Sinceramente creo que nuestra vida bajo el mismo techo es materialmente imposible.

— ¡Ah, comprendo! — dijo Angeles con más vehemencia de lo que yo esperaba —. En las correrías de estos últimos tiempos, ya lo sospechaba yo, has encontrado por ahí alguna mujer que te ha sacado de tus casillas. No me lo niegues. . . Pero si crees que por eso me va á entrar á mí ni frío ni calor, te equivocas de medio á medio.

Cierto temblor en la voz, cierta nerviosidad que yo nunca había sospechado en ella, me indicaban bien á las claras que lo que no pudieron ni caricias ni ternuras lo podía ahora su vanidad herida.

—Lo que quiero— seguí yo— es que sin ruido, sin violencias de ninguna especie, convencidos como estamos los dos de nuestro mutuo desvío, nos separemos como dos buenos compañeros de viaje que, al llegar al punto en que sus respectivos caminos se bifurcan, se separan sin ira ni rencor para seguir cada cual su destino. Tu dote está intacta; yo tengo lo suficiente para vivir; hijos no hemos tenido. No hay entre nosotros nada que nos una. ¿Por qué hemos de continuar sujetos por la misma cadena? . . . Esto es lo que tenía que decirte.

Y seguidamente, sin dar oídos á las alteradas voces de mi mujer, salí del gabinete y luego de casa.

* * *

A pesar de la violencia de los primeros momentos, los ánimos de mi mujer y de mi suegro se calmaron pronto. Ella volvió en seguida á su indiferente tranquilidad, un momento alterada, y él, que en lo tocante á negocios era un águila, quedó en cierto modo satisfecho al ver que, en punto á intereses, que eran para el buen señor lo supremo de la vida, transigí sin protestas con cuanto quiso proponerme.

Realicé mi capital que, aunque menguado por las habilidades de mi suegro, importaba lo bastante para con sus rentas vivir modestamente, pero sin estrechez, y me trasladé á un pueblecillo próximo á Almanzora, á esperar la solución del drama terrible comenzado con la muerte de Soledad. Después de la celebración del juicio oral, dejaría para siempre España.

VIII

Ocho meses pasaron antes de que se viera la causa seguida á Fuertes por el asesinato de su esposa. Durante ese tiempo puedo decir con verdad que solamente pensé en el trágico suceso. Reconstituía la escena sangrienta tal y como yo la imaginaba; creía ver á Soledad, suplicante, pidiendo piedad; me parecía verla caer herida de muerte, y contemplaba su cuerpo adorado bañado en sangre sobre el césped de aquel jardín, testigo de nuestros amores. La idea de que el matador pudiera ser sentenciado á muerte, prodújome al principio, como ya creo haber dicho, rencorosa alegría. ¿Qué mejor venganza que verle morir infa-

mente? Mas á medida que pasaba el tiempo y se acercaba el día en que el delincuente iba á ser juzgado, aquel gozo perverso se trocaba en inquietud dolorosa. Las nubes de rencor se desvanecían ante mi conciencia, que se iba levantando en mi alma con resplandores de aurora. Ante esta luz, cada vez más intensa, veía yo menos infame la acción de Fuertes, y más negra y villana la mía. Yo había penetrado como ladrón en su hogar, y sorprendido sus más íntimos secretos. . . «No hay nada, pensaba, contestando egoístamente á estos remordimientos, que no esté justificado por el amor. . .» Pero ¿acaso no sentía también Fuertes

amor por Soledad? ¿No le había dado su nombre, no había sentido en presencia de la infidelidad celos furiosos? ¿Quién sabe si el desamor de ella, su desvío, su repulsión mal disimulada, excitaron las malas pasiones de su marido! Los mismos vicios de Fuertes, ¿no se habrían exacerbado en la atmósfera de aquel hogar, en que faltaba ternura, estimación, hasta piedad?

A veces me acontecía que la imagen de la mujer amada se presentaba ante mi alma en todo el esplendor de su lozana hermosura, y me parecía oír su voz y sentir sus caricias y respirar su aliento, y entonces la cólera y el rencor contra el matador me hacían enloquecer. . . ¡Ah!, aquello duraba poco: la voz justiciera

de la conciencia acallaba los gritos rencorosos de la pasión.

* * *

Haciendo uso de una recomendación que difícilmente pude encontrar, entré en la sala antes de que hubiese comenzado el acto.

A una señal del Presidente un hujier gritó: «Audiencia pública», y por la puerta del fondo de la sala, á empujones, insultándose y en confusión, penetró abigarrada muchedumbre, cohorte pingajosa de golfos, mujerzuelas y vagos, para quienes los espectáculos judiciales son mucho más atractivos y emocionantes que las funciones de teatro.

Aquietado el tumulto, dió orden el Presidente de que entrase el acusado. Abrióse la puerta lateral del estrado, y entre dos Guardias civiles apareció Alberto Fuertes, vestido de negro, pálido, viejo y abatido. Toda mi sangre me afluyó al corazón, y sentí no sé qué emoción indefinible, en la que se mezclaban odio y piedad, compasión y remordimiento. Prodújose en la sala un murmullo hostil



para el procesado; sentóse éste en el banquillo, situándose detrás de él dos Guardias civiles armados de carabinas, y una vez hecho el sorteo de los jurados, y prestado por ellos juramento, empezó el juicio.

* * *

— Yo — dijo Fuertes con voz temblorosa y entrecortada — volví aquella noche á mi casa antes de la hora de costumbre. Iba en busca del dinero que tenía guardado en mi despacho, para retornar al Casino y probar de nuevo fortuna. Llevaba, como siempre, la llave de la puerta, y nadie me sintió entrar. Penetré en el despacho, por cuyas ventanas entraba la luz de la luna. Abrí el cajón en que guardaba el dinero, y un ruido que venía del jardín me hizo levantar la vista y mirar. Cerca de la puertecilla falsa vi á mujer en los brazos de un hombre.

Hubo en el público un largo rumor.

— ¡Orden! — gritó el Presidente.

— Creí que me engañaban mis ojos — siguió Fuertes —; me acerqué á una de las ventanas y me convencí de que mi mujer me traicionaba. Ciego de cólera cogí el revólver, que estaba guardado en el mismo cajón que el dinero, y bajé al jardín, en lo que empleé algún tiempo, porque la puerta de la escalera interior estaba cerrada, y á causa de mi aturdimiento no acertaba á encontrar el pestillo. Cuando llegué al sitio en que había visto á la pareja traidora, el hombre había desaparecido. Mi mujer lanzó un grito. «¿Adónde vas?» me dijo, cerrándome el paso. «Apártate», le contesté. «No», afirmó resueltamente ella, «no pasarás.» Traté de separarla violentamente de la puerta, resistió y la derribé. Entonces se abrazó á mis rodillas, gritando: «¡Te he dicho que no saldrás, y no saldrás!» Furioso, sin saber lo que hacía, amartillé el revólver y disparé...

Tuvo el Presidente que imponer de nuevo orden, para acallar los murmullos de indignación del público. A las preguntas del juez y del fiscal, Fuertes contestó invariablemente:

— Lo que he dicho es la verdad.

El desfile de testigos fué largo, y sus declaraciones todas adversas para Fuertes. La que más impresionó al público fué la del señor de Cárceles. Emocionado, con lágrimas en los ojos, dijo:

— Soledad era un ángel; quería á su marido y le respetaba; en las largas temporadas que pasó en mi casa de Bellamar, ni una sola queja salió de sus labios. Yo la creía la más feliz de las esposas...

El bueno de don Luciano se extendió en tan largas consideraciones, que el Presidente tuvo necesidad de atajarle.

Fuertes soportaba con la cabeza baja todos los cargos que se amontonaban sobre él. Yo sentía tremenda angustia ante aquel hombre á quien meses antes habría ahogado con placer entre mis manos. Empecé por arrebatarme su honra, y ahora con mi silencio le arrancaba la libertad, acaso la vida. Mi proceder era peor que el suyo; mi crimen, más bajo que su crimen. Así hablaba mi conciencia impulsándome á levantarme y decir la verdad toda; pero cuando ya las palabras reveladoras iban á salir á mis labios, me detenía el recuerdo de Soledad. ¿Era noble en mí hacer pública su falta, en-

regar su memoria adorada al ludibrio de aquellas gentes? ¿Había muerto por mí y había de ser yo quien cubriera de oprobio su nombre?

* * *

En tanto, seguía el juicio. Al fiscal le costó poco trabajo probar la delincuencia de Fuertes.

Llegó el momento de juzgar. Las dos horas que el Jurado estuvo deliberando, me parecieron dos siglos. Al fin se abrió una puertecilla situada detrás del sillón presidencial, y los doce jueces de hecho, graves y silenciosos, fueron á ocupar sus asientos. Aunque estaba ya muy avanzada la noche, ni una sola de las personas que asistieron al comienzo del juicio había abandonado su puesto. Entre la multitud veía yo la cara anhelante de don Luciano Cárceles.

Apretándome con la mano el corazón, calenturiento, con impaciencia tan congojosa que nadie que no haya pasado por situación semejante puede imaginar, esperaba la lectura del veredicto. Quizás el reo estaba menos intranquilo que yo.

En medio de solemne silencio comenzó á leer el Presidente del Jurado; sus palabras caían sobre mi corazón como gotas de plomo derretido. A todas las preguntas se contestaba de acuerdo con la acusación fiscal. Ni una sola circunstancia atenuante. Fuertes era considerado como autor de un delito de parricidio perpetrado con alevosía y premeditación, y cometido por el estímulo de la codicia.

Un estremecimiento de satisfacción circuló por la sala. El procesado, abatido por el golpe tremendo, sollozaba roncamente con la cabeza entre las manos. Entonces sentí como si un vértigo invadiese mi cerebro; un impulso ciego, irreflexivo, superior á mi voluntad, algo que venía de no sé qué misteriosas profundidades de mi sér, y levantándome de mi asiento grité con voz que no me pareció ser la mía:

— ¡El Tribunal se engaña: ese hombre ha dicho la verdad. Su mujer tenía un amante, y ese amante soy yo!

Tras breves instantes de estupor, alzóse en la sala un clamor semejante al ruido del mar alborotado. De todas partes salían gritos:

— Está loco. Está loco.

El señor de Cárceles gesticulaba desafortadamente, y me dirigía desde su asiento palabras que yo no entendía. Fuertes me miraba con extraña expresión.

— Si el público no guarda silencio — gritó el Presidente — haré despejar la sala.

— No, no estoy loco — dije yo cuando se hubo restablecido algún tanto la calma —. Puedo probar lo que he dicho. Yo he penetrado traidoramente en la casa de ese hombre; estaba en el jardín la noche del crimen, y me alejé sin que él me conociese é ignorando yo que había sido sorprendido.

Esa es toda la verdad.

— Son tan graves — dijo el Presidente — las manifestaciones que aquí acaban de hacerse, que el Tribunal tiene que deliberar acerca de ellas. Se suspende el juicio.

* * *

Mi declaración fué eficaz; después de los trámites legales, en los que se emplearon varios me-



ses, Fuertes fué absuelto. A mí se me procesó; pero libre bajo fianza, pude, con nombre supuesto, tomar pasaje en un vapor que partía para América.

La tarde antes de mi marcha fui al cementerio de Almanzora para despedirme para siempre de Soledad. Era una serena tarde de otoño; interrumpían sólo el augusto silencio del camposanto, el pjar de los pájaros y el ruido de las hojas secas al

desprenderse de los árboles y chocar con las losas de las sepulturas.

Llegué á la de Soledad. Una lápida de mármol, á cuya cabecera extendía sus brazos una cruz, también de mármol, cubría la fosa en que dormía para siempre la mujer de mis amores. De los brazos de la cruz pendían dos coronas, ofrenda de don Luciano y de su hija.

Me hiqué de rodillas, y mi memoria se llenó de recuerdos y mis ojos de lágrimas. Pasó no sé cuánto tiempo. Una campana de timbre argentino anunció que el cementerio iba á cerrarse. Era forzoso salir. Miré á mi derredor; no había nadie. . . Entonces, inclinándome sobre la piedra mortuoria y juntando mis labios con el mármol, dije muy quedo:

— ¡Soledad, perdóname!

*Francisco J. Villegas.
(Leda).*

FIN

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO

CÓMO MURIÓ ARRIAGA

Novela, por CLAUDIO FROLLO

El Cuento Semanal

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.º Desencanto (novela), por Jacinto Octavio Picón.
- 2.º La sonrisa de Gioconda (bocetos de comedia), por Jacinto Benavente.
- 3.º Aventura (novela), de G. Martínez Sierra.
- 4.º La cita (novela), por Eduardo Zamacois.
- 5.º La guitarra (drama en tres actos, y en prosa), por Salvador Rueda.
- 6.º La maldita culpa (novela), por Antonio Zozaya.
- 7.º Cada uno... (novela), por Emilia Pardo Bazán.
- 8.º Una letra de cambio (novela), por Joaquín Dicenta.
- 9.º Reveladoras (novela), por Felipe Trigo.
10. El alma viajera (novela), por José Francés.
11. La caravana (novela), por Eduardo Marquina.
12. La soledad del campo (novela), por Juan Pérez Zúñiga.
13. Del Rastro a Maravillas (novela), por Pedro de Répide.
14. Guillermo el apasionado (novela), por Manuel Bueno.
15. La espuma del champagne (comedia en un acto), por M. Linares Rivas.
16. Ni amor ni arte (novela), por Pedro Mata.
17. Un sueño (novela), por Amado Nervo.
18. Historia de una reina (novela), por Alejandro Sawa.
19. El milagro de las rosas (novela), por Francisco Villaespesa.
20. La madrecita (novela), por S. y J. Álvarez Quintero.
21. El fin de una leyenda (novela), por Sinesio Delgado.
22. De corazón en corazón (novela), por E. Ramírez-Angel.
23. La conquista del jándalo (novela), por Alejandro Larrubiera.
24. Las Tres Reinas (novela), por Mauricio López-Roberts.
25. El tesoro del castillo (novela), por Carmen de Burgos Seguí (Colombine).
26. ¡Por malas! (novela), por F. Serrano de la Pedrosa.
27. Pompas de jabón, por Pablo Parellada.
28. Artemisa (novela), por Ramón Pérez de Ayala.
29. La leyenda del gaucho (cuento argentino), por Manuel Ugarte.
30. Deuda pagada (narración histórica), por Mariano Vallejo.
31. La Moruchita (novela), por Arturo Reyes.
32. Al „jallo“ (novela), por Angel Guerra.
33. Santificarás las fiestas (novela), por Rafael Leyda.
34. Luna, lunera... (novela), por Cristóbal de Castro.
35. Almas errantes (novela), por Ricardo J. Catarineu.

Obras de Francisco Villegas (Zeda)

Salamanca por dentro. - Por los Pirineos (viajes). - La novela de la vida.

TEATRO

Sin rumbo (comedia en tres actos). - Día de prueba (en colaboración). - La Alquería (comedia en tres actos).

FRANCÉS, INGLÉS, ALEMÁN, RUSO.

Lecc. part. y gen. desde 10 ptas. Trad. lit. y de docum. Correspondencia comercial a domicilio desde 15 ptas. Mr. Bark. Alcalá, 12.



EPILEPSIA

ó
ACCIDENTES NERVIOSOS

Curación radical, aun en los casos en que fracasa la medicación polibromurada, con las PASTILLAS ANTI-EPILEPTICAS DE OCHOA. No quitan el apetito. No deprimen. Cortan rápidamente los accesos.

COMPRO ALHAJAS

PAGO ALTOS PRECIOS

Príncipe 20 * Platería * Príncipe 20

TODO EL QUE USA UNA VEZ AGUA COLONIA ORIVE SE CONVIERTE EN SU DEFENSOR ACÉRRIMO Y JAMÁS USA OTRA. ES UN HECHO PROBADO MILLARES DE VECES

Perfume CAKE - VALK Ruy - Ram

EL MÁS NUEVO Y PERMANENTE * Pidase en todas las perfumerias

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

PRECIO FIJO ≈ 12, CAPELLANES, 12 ≈ PRECIO FIJO

VESICALINA

Su fama es universal en la curación brevísima y radical del Catarro de la vejiga. Suprime en absoluto la sonda.

≈ ≈ ≈ VENTA: Depósitos de específicos y farmacias ≈ ≈ ≈

RECOMENDAMOS, POR SUS PRECIOS Y NOVEDADES, LA JOYERÍA DE M. GONZÁLEZ - MONTERA, 22.

UNA BOCA ESMALTADA, DE DIENTES LIMPIOS Y SANOS, CONSTITUYE BOUQUET HERMOSURA, SOSTENIDA POR LICOR POLO, UNICO DENTÍFRICO VERDAD

Kiosco de „El Cuento Semanal“

ALCALÁ 31 (ACERA DE APOLO)

Se admiten suscripciones y anuncios. * Se venden números atrasados. * Cuantos deseen comunicar con esta Revista, pueden dirigirse a nuestro Kiosco.



El Cuento Semanal

Revista ilustrada

Publica en cada número una novela de
:: autor español, inédita y completa ::

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.º Desencanto (novela), por J. Octavio Picón.
- 2.º La sonrisa de Gioconda (bocetos de comedia), por Jacinto Benavente.
- 3.º Aventura (novela), de G. Martínez Sierra.
- 4.º La cita (novela), por Eduardo Zamacois.
- 5.º La guitarra (drama en tres actos, y en prosa), por Salvador Rueda.
- 6.º La maldita culpa (novela), por Antonio Zozaya.
- 7.º Cada uno... (novela), por Emilia Pardo Bazán.
- 8.º Una letra de cambio (novela), por Joaquín Dicenta.
- 9.º Reveladoras (novela), por Felipe Trigo.
10. El alma viajera (novela), por José Francés.
11. La caravana (novela), por E. Marquina.
12. La soledad del campo (novela), por Juan Pérez Zúñiga.
13. Del Rastro á Maravillas (novela), por Pedro de Répide.
14. Guillermo el apasionado (novela), por Manuel Bueno.
15. La espuma del champagne (comedia en un acto), por M. Linares Rivas.
16. Ni amor ni arte (novela), por Pedro Mata.
17. Un sueño (novela), por Amado Nervo.
18. Historia de una reina (novela), por Alejandro Sawa.
19. El milagro de las rosas (novela), por Francisco Villaespesa.
20. La madrecita (novela), por S. y J. Álvarez Quintero.
21. El fin de una leyenda (novela), por Sinesio Delgado.
22. De corazón en corazón (novela), por E. Ramírez-Angel.
23. La conquista del jándalo (novela), por Alejandro Larrubiera.
24. Las Tres Reinas (novela), por Mauricio López-Roberts.
25. El tesoro del Castillo (novela), por Carmen de Burgos Seguí (Colombine).
26. ¡Por malas! (novela), por F. Serrano de la Pedrosa.
27. Pompas de jabón (novela), por Pablo Parellada.
28. Artemisa (novela), por Ramón Pérez de Ayala.
29. La leyenda del gaucho (novela), por Manuel Ugarte.
30. Deuda pagada (narración histórica), por Mariano Vallejo.
31. La Moruchita (novela), por Arturo Reyes.
32. Al „jallo“ (novela), por Angel Guerra.
33. Santificarás las fiestas (novela), por Rafael Leyda.
34. Luna, lunera... (novela), por Cristóbal de Castro.
35. Almas errantes (novela), por Ricardo J. Catarinen.

Precios de suscripción: Madrid y provincias: Trimestre 3,25 pesetas; semestre 6; año 11. Extranjero: Semestre 10 pesetas; año 18. **Número suelto: 30 céntimos**

Anuncios artísticos á precios convencionales.

Redacción y Administración: Calle de Fuencarral 90, Madrid

Kiosco de El Cuento Semanal: Alcalá 31

Apartado de Correos número 409

Teléfono número 2.054.